

# AGUA, ANCESTROS Y ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE

*Peter Kaulicke, \* Ryujiro Kondo, \*\* Tetsuya Kusuda\*\*\* y Julinho Zapata\*\*\*\**

## **Resumen**

*Este trabajo pretende explotar las posibilidades del enfoque de la arqueología de paisaje, aún poco aplicado en la arqueología del Perú. Se presentan sus principios y su aplicación en un caso concreto: el complejo arqueológico de Pisac, situado cerca del Cuzco. Este complejo, bien conocido en la literatura, pero provisto de escasas evidencias históricas y arqueológicas, ha sido objeto de diversas hipótesis, todas poco convincentes. En la perspectiva de la arqueología de paisaje se ofrece otra interpretación, en la que Pisac aparece como sitio predominantemente sagrado. Excavaciones futuras y una documentación más precisa deberían consolidar las sugerencias presentadas.*

## **Abstract**

### **WATER, ANCESTORS AND LANDSCAPE ARCHAEOLOGY**

*This paper explores the possibilities of a landscape archaeology approach, which is still rarely used in Peruvian archaeology. The basic principles are presented in order to apply them to a specific case, the Pisac complex, near modern Cuzco. This often cited complex lacks convincing historical and archeological evidence which result in diverse and basically unconvincing hypotheses. The chosen approach, however, leads to a different interpretation, that of a predominantly sacred site. Future excavations and better documentation at the site should corroborate the offered suggestions.*

## **1. Introducción**

Los impresionantes sitios incaicos en el Cuzco y en sus alrededores constituyen la atracción principal del turismo en el Perú y, por tanto, la principal fuente de ingresos de este rubro. Si bien las razones de esta preferencia son variadas, la más evidente parece explicarse a partir de la especial interrelación entre la arquitectura de piedra —bien conservada, o restaurada y hasta reconstruida— y el paisaje natural, así como también el carácter exótico de esta combinación en la percepción de los no cuzqueños.

Esta combinación crea, en los visitantes, la sensación de una especial atracción estética. Esta última se centra en la perfección tecnológica de las construcciones e instalaciones, que contrasta, de manera marcada, con las actuales tecnologías tradicionales. Incita la imaginación, ya que, supuestamente, los incas conocían técnicas «secretas», ahora perdidas. Esta «explicación» se asemeja

---

\* Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima. E-mail: [pkaulic@pucp.edu.pe](mailto:pkaulic@pucp.edu.pe)

\*\* The University of Shiga Prefecture, Department of Environmental Planning, Hikone, Japan.

E-mail: [rcon@ses.usp.ac.jp](mailto:rcon@ses.usp.ac.jp)

\*\*\* Kyushu University, Department of Civil Engineering, Fukuoka, Japan.

E-mail: [kusuda@civil.kyushu-u.ac.jp](mailto:kusuda@civil.kyushu-u.ac.jp)

\*\*\*\* Universidad Nacional San Antonio Abad, Departamento de Antropología, Cuzco.

E-mail: [zapata@genqo.unsaac.edu.pe](mailto:zapata@genqo.unsaac.edu.pe)

a la «mitificación tecnológica» por parte de los lugareños, los que suelen sostener que los incas se servían de pájaros carpinteros (*Colaptes rupicola*) que anidan en las rocas y cuya saliva tenía la virtud de disolver rocas (para otra versión, cf. Wiener 1993 [1880]: 399). Esta supuesta «ciencia secreta» se extiende al emplazamiento de lugares sagrados saturados de energía cósmica activa, la que se supone que está concentrada en las rocas. Si bien se presume que existen otros sitios de cualidades parecidas en otras partes del mundo, su acceso requiere de «especialistas» locales capaces de transmitir esta «ciencia» y de activar esta energía por medio de rituales inventados. El paisaje mismo contrasta con aquellos familiares a los turistas, en particular la selva —como en los casos de Machu Picchu, Choquequirao y otros— que, desde Humboldt, posee una marcada calidad estética basada en su exuberancia, impenetrabilidad, virginidad y, por tanto, atemporalidad, como contraste «natural» al paisaje «cultural» (cf. abajo). En consecuencia, naturaleza y espacio cultural (reducido) interactúan en forma casi eterna, vinculadas por supuestos valores inalterables dentro de un razonamiento en el cual los intereses foráneos se complementan con los servicios proporcionados por los «especialistas» locales, que, dentro de esta lógica, forman parte, igualmente atemporal, de esta dramaturgia.

Esta caracterización, que no pretende ser exhaustiva, sirve para demostrar que ni la definición, ni menos la comprensión del pasado, en este caso el incaico, son requeridas en esta percepción de paisaje, ya que este se percibe como parte del presente. Cabe preguntarse, sin embargo, si esta actitud forzosamente tiene que ser aceptada también por aquellos expertos que se ocupan del pasado prehispánico, en este caso los etnohistoriadores y los arqueólogos. La tarea de los primeros es compleja, ya que no existen tratados explícitos acerca del tema por parte de los incas, sus descendientes —los mestizos—, ni de los españoles de los siglos XVI y XVII. Queda, por lo tanto, la búsqueda de menciones escuetas en los documentos más diversos, con información directa o indirecta, para armarlas a un total coherente en el que intervienen diferentes memorias e identidades, incluidas las de los propios etnohistoriadores, a menudo fusionadas en una perspectiva «incacéntrica» o «panincaica».

Con frecuencia se recurre también a los datos etnográficos con el fin de «confirmar» o de «completar» los resultados. Todos estos procedimientos están plagados de problemas metodológicos de diversa índole que conducen a hipótesis divergentes. Uno de estos problemas es la inclusión de datos etnográficos de modo acrítico, ya que esta actitud aboga por la noción de «el pasado y el presente en el presente», criticado por Bloch (1977: 278-292). En la versión «andina», se presenta el concepto indigenista del «hombre andino», que consolida lo exótico como virtud exclusiva y atemporal que, en sus formulaciones extremas, justifica los fenómenos arriba descritos. Con ello, la «exotización» del otro se complementa con la «autoexotización».

Los arqueólogos, en cambio, se enfrentan directamente a los lugares y los espacios modificados desde tiempos prehispánicos, los registran y los excavan. En el caso de la zona del Cuzco, los sitios incaicos a menudo se han conservado en buen estado, ya que, la mayoría de las veces, se les abandonó antes o poco después de la llegada de los españoles para no utilizarlos más. Pero, pese a las múltiples intervenciones con fines de estudio desde inicios del siglo pasado, la documentación asequible es poco satisfactoria. Los resultados de estas investigaciones con frecuencia no son publicados o se limitan a una información general; asimismo, los planos de los sitios suelen ser poco precisos. Las interpretaciones, por lo tanto, difícilmente pueden contrastar, complementar o reemplazar aquellas ofrecidas por los etnohistoriadores, y no solo por el carácter distinto del material de base, estudiado por los arqueólogos. Por el contrario, los arqueólogos tienden a adaptar sus resultados a los «datos» históricos y, de esta manera, tratar de proveer de una especie de «ilustración» a los textos de los siglos XVI y XVII con material proveniente de los siglos XV o XIV. La arqueología, por consiguiente, se somete a la historiografía sin resolver los problemas de los que padece esta última.

El presente trabajo está dividido en tres partes. En la primera de ellas se presentan los conceptos de paisaje en sus nexos con otras disciplinas tales como la geografía, antropología, historia, historia de arte, sociología y filosofía, así como su aplicabilidad a los sitios arqueológicos. La segunda parte, la principal, pretende aplicar este método a un caso específico: el sitio de Pisac. Esta se subdivide, a su vez, en: a) una discusión de las menciones en fuentes tempranas y las interpretaciones modernas; b) una descripción detallada de los lugares principales y sus interrelaciones, con énfasis en cursos de agua y rocas, y c) una discusión de conceptos incaicos de paisaje que servirán para d) una interpretación global del sitio, sin pretender agotar las posibilidades interpretativas debido a la escasez de material contextual inmediato.

## 2. La arqueología del paisaje: definiciones, conceptos y problemas

El término «paisaje», como parte del compuesto «arqueología del paisaje», es una traducción del sustantivo inglés «landscape» que, a su vez, se vincula con el correspondiente «Landschaft» en alemán. «Land» significa ‘terreno cultivado o utilizado’, una propiedad determinada por costumbres y cultura compartidas bajo leyes comúnmente aceptadas cuyo origen, de manera probable, antecede al sistema feudal (Olwig 1996: 633). El sufijo «-schaft» está relacionado con el verbo «schaffen» (que significa ‘crear o dar forma’), vinculado con los términos ingleses «ship», «shape» o «scape», cuyo significado más preciso es ‘tallar’ (Olwig 1993: 310; cf. el título del trabajo de Van de Guchte 1990: *Carving the World: Inca Monumental Sculpture and Landscape*).

Estas etimologías implican una especie de socialización, politización y culturización de un espacio en el que los conceptos de «naturaleza» y «cultura» no constituyen una dicotomía. «Naturaleza» (*nature*) y «nación» (*nation*) comparten la misma raíz que proviene del verbo en latín «nacere», que significa ‘nacer, originarse’, mientras que «cultura» deriva del verbo «colere», que corresponde a nociones como ‘habitar, cultivar, proteger, honrar por medio del culto’. Dicho verbo se vincula, al mismo tiempo, con el sustantivo griego «kyklos», con el sentido de ‘circularidad’ y ‘ciclicidad’ (Olwig 1993: 312-313). En el primer sentido se da lugar a ideologías nacionalistas (*Blut und Boden* o, en forma modificada, el indigenismo [«indígena», como el que siempre ha estado en el mismo lugar]), pero introduce también el concepto del paisaje como cuerpo con connotaciones sexuales. Los significados de «cultura» enfatizan la modificación del espacio, que es precondition de sociedad, identidad y etnicidad; esto se relaciona, a su vez, con conceptos de tiempo.

Cosey (1996) demuestra, por medio de un enfoque fenomenológico, que el espacio, o paisaje, no es una abstracción de lugares (*places*) sino que el lugar es el que reúne toda la complejidad de percepción y conceptualización de puntos o espacios reducidos, y esta se proyecta a un espacio más amplio (región). Es ahí donde la experiencia actúa, directamente, a través de los sentidos (sinestesia o percepción multisensorial, cf. Tuan 1974: 5-12; Feld 1996: 91-92). Esta percepción se canaliza en una lógica (sentido) constituida por estructuras culturales y sociales de las que forma parte. Este razonamiento parte de la corporalidad, ya que es el cuerpo humano el que registra y ordena el lugar enfrentado. Pero como el cuerpo o el que experimenta el lugar se mueven, a ello se le agrega una dinámica, guiada por rutas y acciones preestablecidas en lugares y entre los lugares. El lugar es el escenario de reunión, así como el «contenedor» de memorias y pensamientos. En este sentido, el lugar también es «evento» en vez de «cosa» inamovible. Esto le da una especificidad, por lo que un lugar no puede comprenderse por una especie de lógica «pura», la que, por tanto, tampoco la tendrían términos como «espacio» y «tiempo». Los lugares solo existen por la percepción, el registro y la significación de una cultura dada, por los que varios de ellos se interconectan, a modo de región, por medio de vías o caminos frecuentemente rituales, lo que lleva a lo que Casey denomina «porosidad de límites» como márgenes permeables de transición. «Lugar», por lo tanto, es un término altamente complejo que concentra multitudes de niveles conceptuales dentro de una «subjetividad» que forma la base del conocimiento y experiencia tanto personal como social (para la aplicación de la fenomenología en la arqueología, cf. Tilley 1994).

No es de sorprender que el término «paisaje» abarque diferentes enfoques aplicados a diferentes áreas tales como el paisaje en la representación gráfica —mapas, pintura paisajística— (cf. Cosgrove 1998), en la geografía cultural (cf. Sauer en Leighley 1963; Tuan 1977), antropología (cf. Ingold 1993; Feld y Basso 1996) y arqueología (cf. Rossignol y Wandsnider 1992; Bender 1993; Tilley 1994; Nash 1997; Ashmore y Knapp 1999; Bowden 1999; Ucko 1999; Bradley 2000; Anschuetz *et al.* 2001).

En la definición del geógrafo Sauer: «[...] [e]l paisaje cultural está confeccionado a partir de un paisaje natural por un grupo cultural. La cultura es el agente, el área natural su medio, el paisaje cultural su resultado. El paisaje se desarrolla bajo la influencia de una cultura dada y cambia a través del tiempo, pasando por fases, y puede llegar al fin de su ciclo. Con la introducción de otra cultura ajena rejuvenece el paisaje cultural y un nuevo paisaje se sobrepone sobre el más antiguo» [traducción del inglés del autor] (Leighley 1963: 343). Sauer ignora el problema que algo como «paisaje natural» no existe, pero enfatiza correctamente el papel cultural y la temporalidad de su formación.

Según Anschuetz *et al.* (2001: 160-161) se pueden señalar para el paradigma de paisaje cuatro premisas interrelacionadas, aplicables, a su vez, a una arqueología de paisaje:

- 1) Los paisajes no son sinónimos de medioambiente natural, sino que son sintéticos, con sistemas culturales que estructuran y organizan las interacciones entre grupos y su medioambiente.
- 2) Los paisajes son mundos de un producto cultural en la transformación de espacios físicos en lugares significantes.
- 3) Los paisajes forman el escenario de todas las actividades de comunidades.
- 4) Los paisajes son construcciones dinámicas en las que cada comunidad y cada generación impone su propio mapa cognitivo sobre un mundo antropogénico. El paisaje, por lo tanto, es un proceso cultural.

Los estudios de distribución y patrones de asentamientos, evidentemente, forman parte de estas definiciones de paisajes, ya que ubican materialidades arqueológicas en modelos bidimensionales del espacio (mapas). En el caso del Perú, estos se presentan a menudo en forma muy simplificada, en las que el objeto o sitio se reduce a puntos sobre un espacio neutro (blanco) con georeferencias mínimas, como cursos de ríos mayores o asentamientos modernos. Además, asumen una contemporaneidad que, en el sentido literal de la palabra, es superficial, ya que se limita al material reconocible debido a la erosión o la destrucción.

Estos efectos y procedimientos tienden a subestimar u obviar rasgos no arquitectónicos como campos antiguos, caminos, sitios reducidos sin arquitectura visible, etc. En otras palabras, esta reducción no es ni representativa ni significativa, por lo que se vuelve poco adecuada para la comprensión de lugares o paisajes. Solo recientemente, las modernas técnicas de documentación, como la fotogrametría, escaneo con láser, métodos geoelectrónicos y geomagnéticos, permiten la elaboración de modelos tridimensionales del espacio con la correcta ubicación de sus componentes culturales (para el Perú, cf. Reindel y Wagner 2004), los que, de esta manera, ofrecen las herramientas más apropiadas para enfoques sofisticados. Estos estudios distributivos suelen insertarse en la llamada arqueología procesual en los Estados Unidos; en Inglaterra, en cambio, se caracterizan más por enfoques postprocesualistas. Estas posiciones, sin embargo, no son mutuamente excluyentes, sino que deberían conducir a un compromiso basado en diálogos y en una perspectiva global (cf. Fisher y Thurston [eds.] 1999). La arqueología de paisaje tampoco es una alternativa nueva a enfoques anteriores, como los patrones de asentamientos u otros, sino una extensión hacia una empresa

holística y multidisciplinaria. Dentro de esta multitud de enfoques, aún poco sistematizada, surge con claridad la multiplicidad basada en historias y conceptos cambiantes, lo que revela que las visiones populares mencionadas al inicio son invenciones o percepciones modernas que no pueden reclamar «autenticidad retrospectiva».

Con el fin de manejar esta multiplicidad, hay una serie de propuestas para categorizar tipos de paisajes, aunque este afán, evidentemente, impone delimitaciones «porosas» (en el sentido de Cosey). A modo de ejemplo, Ashmore y Knapp (1999: 10-121) proponen la existencia de: a) paisajes construidos; b) paisajes conceptualizados, y c) paisajes ideados. Esta clasificación redefine la propuesta por la UNESCO; como temas principales aparecen el paisaje como memoria, identidad, orden social y transformación. Anschuetz *et al.* (2001: 176-181) se concentran en: a) ecología de asentamientos; b) paisajes rituales, y c) paisajes étnicos. Es preciso detenerse en el paisaje ritual o sagrado, ya que este es el que más se acerca al ejemplo que se va a presentar a continuación. Según los autores citados, los paisajes rituales son productos de acciones estereotipadas que incluyen actos específicos o secuencia de actos que representan órdenes sociales prescritos a través de los que las comunidades definen, legitiman y sostienen la ocupación de su área. Este paisaje está lleno de historia, leyendas, conocimiento y poder que ayudan a estructurar actividades y organizar relaciones, basadas en calendarios y complejas cosmologías. Arqueológicamente, se estudia la distribución espacial de edificios públicos, monumentos, plazas, petroglifos, pictografías u otros marcadores. Estudios basados en paisajes rituales, por lo tanto, usan mapas cognitivos basados en información proveniente de analogías etnográficas o etnohistóricas. Como parte de ello se integran principios astronómicos o cosmológicos (Anschuetz *et al.* 2001: 178-179).

Los sitios, lugares o paisajes sagrados muestran, además, temas recurrentes en perspectiva global: la concentración en cerros, manantiales, ríos y cuevas; la presencia de ofrendas y sus motivaciones; el simbolismo de colores; la conexión con conceptos de ancestralidad, y los nexos estrechos con género, a menudo masculino, y estatus. Lo que efectivamente se entiende por «sagrado», sin embargo, depende de una alta especificidad cultural, que puede variar aun en grupos que comparten la misma cultura. Además de ello, cambia con el tiempo, tanto en conceptos como en el uso ritual, lo que le atribuye un carácter dinámico (*cf.* Carmichael *et al.* 1994).

A continuación se describirá y se discutirá el complejo arqueológico de Pisac dentro de la problemática presentada. En el sentido estricto, el enfoque usado en este trabajo se acerca más a lo que debería llamarse arqueología de lugares (*archaeology of places*), tal como sucede con muchos otros casos que se ubican dentro del campo de la arqueología de paisaje, pero se retiene este último término por razones de conveniencia (para arqueología de lugares, *cf.* Bowser 2004). La base empírica se obtuvo por observaciones y trabajos de campo entre 1999 y 2000 como parte de un proyecto dedicado a los trabajos hidráulicos en Machu Picchu y Pisac. El responsable del proyecto fue el licenciado J. Zapata (Universidad Nacional San Antonio de Abad, Cuzco [UNSAAC]), mientras que el equipo fue conformado por el doctor T. Kusuda (Universidad de Kyushu, Japón), doctor R. Kondo (Universidad Prefectural de Siga, Japón), doctor H. Harada (Instituto de Ciencias y Tecnología, Nagaoka, Japón), doctor A. Sakoda (Universidad de Tokyo, Japón), el doctor A. Ichikawa (Universidad de Kyoto, Japón), así como el doctor P. Kaulicke (Pontificia Universidad Católica del Perú [PUCP]) (Zapata *et al.* 2001; para versiones breves del tema, *cf.* Kaulicke 2001, 2004).

### 3. El complejo arqueológico de Pisac

#### 3.1. Antecedentes

El complejo arqueológico, hoy conocido con el nombre de Pisac (Fig. 1) —denominación compartida con el pueblo actual, ubicado en sus cercanías— apenas aparece mencionado en las

fuentes tempranas del siglo XVI. Niles (1999: 76) interpreta una cita en Sarmiento de Gamboa (1960 [1572]: 238-239; Angles 1970: 142-143), en lo que se refiere a los cuyos, una etnia ubicada en esta zona, en el sentido de que Pachacutec mandó construir un palacio rural, así como un templo del Sol en este lugar en conmemoración de su victoria sobre ellos (Niles 1999: 133). Kendall (1985: part II, 268, nota de pie 1) agrega que el mismo Inca visitó el pueblo de los cuyos para «entretenerse» y se casó con una mujer de esta etnia, refiriéndose también a Sarmiento y al fray Martín de Murúa (1962-1964 [c. 1600], para la etnohistoria y arqueología de los cuyos, *cf.* también Covey 2003; Bauer y Covey 2004: 82-84). La misma autora (Kendall 1985: part II, 271) menciona también a Paullu Inca, quien habría recibido visitantes importantes en el sitio, aunque la mayor parte del mismo ya estaba en ruinas, sin proveer la fuente consultada. Nombres de individuos vinculados con la *panaca* de Pachacutec y procedentes de Pisac aparecen en una visita de 1571 (Levillier 1940), pero el topónimo debe referirse al pueblo colonial y no al complejo arqueológico; no obstante, queda la posibilidad de que existan antecedentes del pueblo en tiempos incaicos.<sup>1</sup>

La primera descripción moderna del sitio se debe a Squier (1974 [1877]: cap. XXV), quien concibe el complejo de Pisac como un óvalo irregular de 4,8 kilómetros de largo y 640 metros de altura. Por las características del terreno y de la arquitectura sostiene que tiene carácter defensivo. Describe el camino desde el pueblo actual, con escaleras en parte talladas en roca —una de ellas también presentada en un grabado— que llevan a torreones, supuestamente de vigilancia. Luego aparecen terrazas, de nuevo con edificios circulares, los que son interpretados como depósitos para armas, mientras que las terrazas mismas servirían para la agricultura (probablemente Qoriwayrachina, *cf.* Fig. 2). Squier se asombra ante las agrupaciones, muy densas, de edificios. Luego llega a una explanada con edificios bien labrados, de función religiosa (sector Intihuatana, *cf.* Fig. 2). La gran cantidad de terrazas agrícolas, las fortificaciones, aldeas y el templo le indican la presencia de una población numerosa.

El autor se detiene, en particular, en una descripción detallada del Intihuatana, que se refuerza con dos grabados; uno de ellos presenta un plano relativamente preciso. Luego escala el macizo rocoso, enfatizando la dificultad de su acceso, y allí descubre escalones que llevan a otra torre y, después, a un sendero angosto que conduce a la parte central, lugar en el que existe un espacio aplanado, sostenido por muros a 1300 metros sobre el río Vilcanota. En esta parte Squier encontró muchas evidencias de fogatas que interpretó como un sistema de comunicación a larga distancia. Al seguir su camino, llega a la parte más fortificada (Qallaq'qasa, *cf.* Fig. 2), enmarcada con un gran muro que compara con las murallas de Sacsayhuaman; se asombra de nuevo de las complejas construcciones interiores cuyas funciones determina sin vacilación y ofrece, inclusive, un cálculo del número de sus habitantes. Solo se irrita ligeramente ante obras «innecesarias», como «curiosos símbolos» tallados en la piedra, escaleras que llevan a ellos y «[...] cientos de otras pruebas de las ocupaciones no forzadas de una guarnición ociosa y *ennuyée*». También menciona acueductos subterráneos y, por último, el farallón de Tantanamarca, con estructuras funerarias en hileras, construidas en celdas y cámaras con enlucidos, pero reconoce otras, erigidas con piedras bien labradas y cámaras grandes detrás de ellas. En el tiempo de su visita, muchas de las estructuras ya se encontraban saqueadas, pero algunas aún estaban intactas.

Este resumen revela apreciaciones del autor que muestran su afán en proveer información precisa, aunque teñida de una visión marcadamente eurocentrista. Squier exagera, de cierta manera, las dificultades de acceso y lo agreste del terreno, captado también en sus grabados, quizá para amenizar su relato. Desde la situación actual, resulta extraña su impresión de la extrema densidad de construcciones, la mayoría de ellas interpretadas como obras de defensa. Si bien edificios circulares no son raros en el estado actual de Pisac, su elevado número es producto de la fantasía del autor o de masivas destrucciones posteriores. Estas últimas, con seguridad, han de tenerse en cuenta para futuros trabajos de investigación, pero es poco probable que hayan ocurrido a tal escala.

Uno de los grabados, señalado como paso fortificado, podría referirse a Antachaca (cf. Fig. 1), donde poco queda de las altas torres ilustradas. Ya que reconoce la presencia de un templo, amplias áreas funerarias, depósitos y «plazas de armas», fuera de terrazas agrícolas y obras de irrigación, se ve forzado en vincular esta supuesta funcionalidad militar con la presencia de una población elevada, una especie de ciudadela fortificada al estilo medieval. Esta impresión está visualizada en otro grabado, quizá una romántica vista panorámica de Qallaq'asa que, difícilmente, concuerda con su aspecto actual. El aspecto religioso, pese a la descripción detallada del Intihuatana —que, según un informante de Squier originalmente tenía un anillo de *chumpi*— y la excepcional calidad de su arquitectura, comparada con otros sitios de carácter sagrado como Ollantaytambo, Huaitará, el Rodadero, el Coricancha y la Isla del Sol en el Titicaca, no parecen contradecir su preferida interpretación general.

Pocos años después de la publicación del libro de Squier, Wiener publica *Pérou et Bolivie* (1993 [1880]: cap. XXI, 395-407). Este último describe su ascenso a las ruinas, las que le dejaron una gran impresión por sus dimensiones y belleza. El las subdivide en tres partes: a) un santuario (evidentemente el Intihuatana); b) una fortaleza al otro extremo de la montaña (aparentemente el Qallaq'asa), y c) el pueblo en el valle, al pie de las terrazas (¿Pisaqa?). Al igual que Squier, describe el ascenso penoso y cuenta los 42 peldaños de la escalera mencionada por este último.

También interpreta la roca esculpida como Intihuatana y la menciona en otro lugar (Wiener 1993 [1880]: 744-745). Según mitos locales, estaba cubierta por una especie de dado de oro que tenía un anillo en la parte superior que servía para insertar «[...] una cadena de oro que le servía al sacerdote para atar el astro poniente hasta el momento en que debía levantarse de nuevo. He aquí de donde proviene el nombre de Intihuatana» (cf. también grabado en *ibid.*: 745). Relacionado con esta construcción reconoce un fortín de factura excepcional. El camino hasta la fortaleza (Qallaq'asa) le resulta sumamente difícil por la vegetación y el terreno. Al llegar reconoce una montaña transformada en fortaleza con siete fortines, de más de 200 metros de largo. En otro lugar (*ibid.*: 567) menciona, de manera breve, las construcciones funerarias de Tantanamarca y las ilustró en un grabado (*ibid.*: 398, 568).

Entre los grabados de Wiener, más numerosos que los de Squier, destaca uno que quizá sería el primer plano de Pisac (*ibid.*: 396). Quizás sea producto de la mano de uno de los que lo acompañaron en su excursión. Si bien este no es muy preciso, está correctamente enmarcado por los ríos Kitamayo al oeste y el Chongo hacia el este. En el sur se reconoce el sector de Intihuatana, ubicado sobre el río Kitamayo (cf. Fig. 1) y, por lo tanto, está desviado hacia el oeste. Algo enigmático es un gran complejo que figura en el centro, llamado «pueblo antiguo del Intihuatana». Pareciera amurallado con construcciones interiores en hileras que, según su descripción, deberían ubicarse al pie de las terrazas donde, en la actualidad, no se perciben tales restos. Por lo tanto, debería ubicarse más bien en el macizo rocoso de la cima, donde, sin embargo, tales restos tampoco se encuentran. Es probable que se refiera a lo que hoy es conocido como Pisaqa (cf. Fig. 2). La «Fortaleza», ubicada hacia el norte, corresponde, de modo aproximado, al sector Qallaq'asa. Sin embargo, lo más interesante es lo que, según el plano, se ubica en la margen derecha del río Kitamayo. Frente al Qallaq'asa se reconocen otros andenes y una pequeña estructura trapezoidal que debería corresponder al complejo funerario que se describirá más abajo. Hileras de pequeñas cuadrículas probablemente indican las estructuras funerarias de Tantanamarca. Hacia el sur de ellas se observa otra estructura pentagonal que es difícil de relacionar con los restos actualmente visibles. ¿Se podría tratar de la zona de Antachaca (cf. Fig. 2)? Si fuera así, implicaría que hubo muchas más construcciones en esta zona de las que se observan en la superficie, pero, hasta el presente, esta zona no ha sido limpiada ni mucho menos restaurada.

En general, la apreciación de Wiener no difiere mucho de la de Squier, aunque el primero matiza algo más en su afán de relativizar el carácter supuestamente defensivo del complejo o recono-

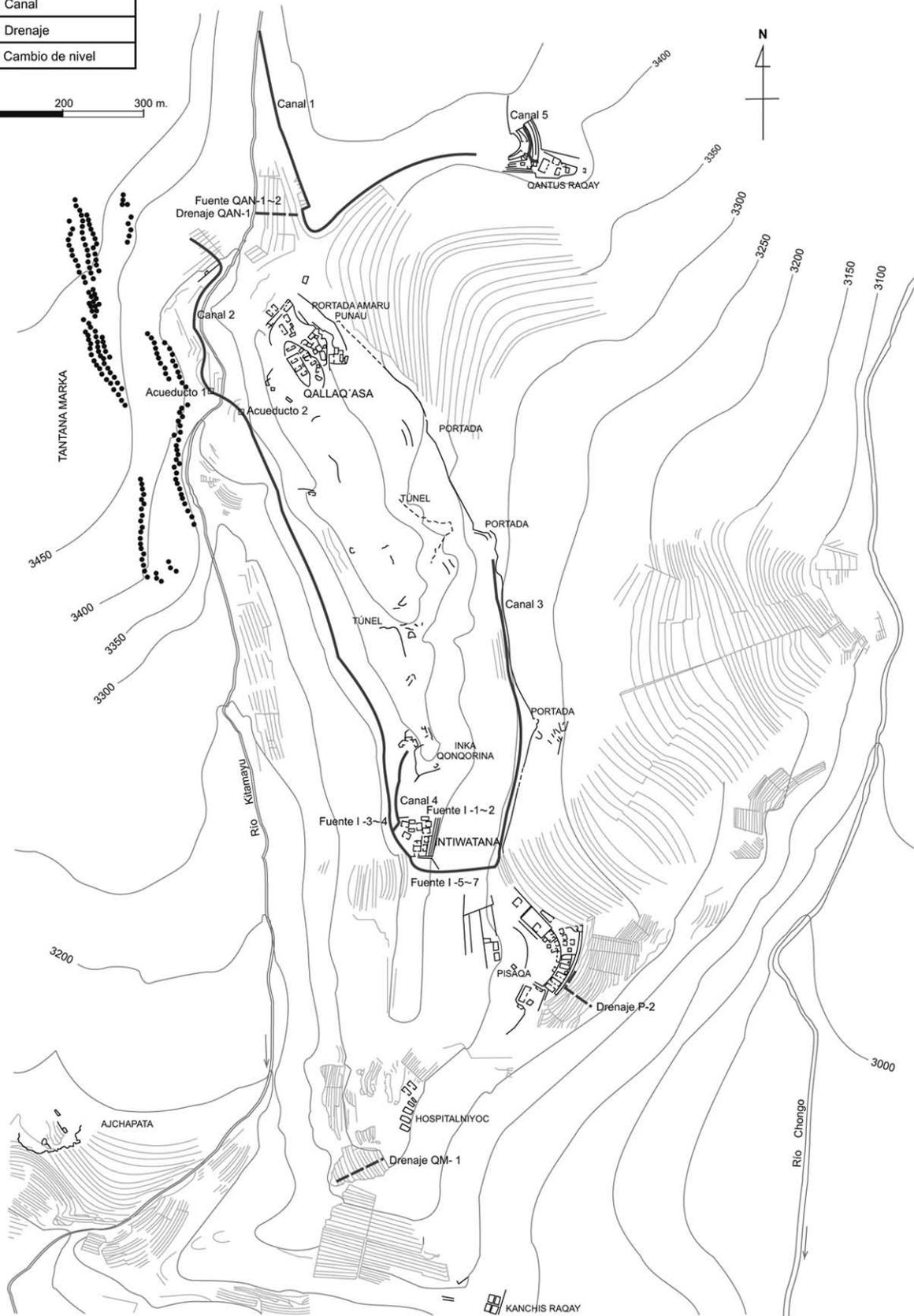


*Fig. 1. Foto aérea de Pisac (SAN 181-70-847).*

*Fig. 2. (Desplegable en la página siguiente) Plano de Pisac (adaptado sobre la base del original del INC Cuzco).*

LEYENDA	
	Arquitectura
	Andenes
	Torres funerarias
	Canal
	Drenaje
	Cambio de nivel

0 100 200 300 m.



cer una multifuncionalidad del sitio. Sus grabados tampoco son muy exactos por exagerados y su vista de la «Fortaleza» es bastante idealizada: su aspecto de pirámides empinadas no concuerdan mucho con la vista de Squier ni menos con su aspecto actual.

Unos 100 años más tarde, Pardo (1957: 351-364) dedica algunas páginas a la descripción de Pisac (en su ortografía «Ppísacc»). En un particular estilo, a veces muy poético, inicia la descripción de su acceso desde el Cuzco y menciona numerosos topónimos cuya comprensión espacial resulta muy difícil por la ausencia de un mapa. En todo caso, denota un íntimo conocimiento del área con un afán de vincular otros vestigios con el lugar central, del que opina que «[n]inguno de los grandes centros arqueológicos del Perú es comparable a [su] enorme extensión» (*ibid.*: 353). Se detiene en la andenería, que clasifica en 13 tipos, así como su distribución y su función. Según él, esta sirvió para el cultivo de plantas alimenticias, para jardines de flores, contención y caminos escalonados (*ibid.*: 354-357). Otro tema tratado es el Intihuatana, término que, según el autor, parece referirse a todo el cerro. Detalla los caminos de acceso con las estructuras e instalaciones asociadas, pero las nombra más que especificarlas. Juchuy Llacta o Hurin Ppísacc, según Pardo, es una ciudadela, hoy conocida como Písaqa (Fig. 2). De ese lugar describe la muralla con sus «formidables» portadas, denominadas por Pardo León-Puncu y Ccoscca-Punku. La última, ubicada más al norte, se llama Amaru-Puncu (*cf.* Fig. 2; para descripciones detalladas, *cf.* Angles 1970: 130-135). Qallaq'asa, cuyo nombre conoce, es en su definición, Janan Ppísacc, una ciudadela al igual que Hurin Ppísacc (Písaq'a).

La contribución de Pardo se reduce a una descripción muy densa y suscita, cuya lectura resulta complicada por la falta absoluta de mapas o gráficos, pero revela su extraordinario conocimiento de la zona. Por regla, evita cuidadosamente las interpretaciones, de modo que se ignora cuál podría ser la función o funciones de Pisac en la opinión del autor.

Otro aporte por discutir es la única monografía existente sobre Pisac (Angles 1970, en su ortografía «Písaq»). Es, sin duda, la descripción más detallada del complejo, acompañada por muchas fotos, croquis y un plano (*ibid.*: 40, 41), que es el más preciso hasta la actualidad y, aparentemente, sirvió de base para el plano del Instituto Nacional de Cultura (INC) del Cuzco que se utiliza en este trabajo (Fig. 2). Las frecuentes fotos son documentos importantes, ya que muchas de ellas muestran el estado antes de las intensivas restauraciones posteriores. Sus descripciones, a menudo interrumpidas por largos excursos, no permiten cotejarlas de buena manera con las ilustraciones y el plano, en particular los caminos, anteriormente observados por los autores citados y que están obviados en el plano.

Sin afán de desenmarañar y ordenar estas descripciones complicadas, adornadas por multitudes de topónimos, queda por resaltar lo que los otros autores discutidos no han mencionado. Destaca la cascada de Acchapata y otras dos en Pacchacayoc, al sureste del complejo (no aparecen en su plano, *cf.* Fig. 1). Estas últimas han sido comparadas por Angles con el famoso salto de Tequendama, descrito por Humboldt. Ahí, Angles también observa instalaciones en forma de canalizaciones y de puentes (*ibid.*: 17 [foto], 31-33). Asimismo, el autor es relativamente preciso en sus descripciones de los restos arqueológicos de la cima (*ibid.*: 97-99), los que no se dejan ubicar en su plano. En este, la zona está salpicada por algunas líneas inconclusas que no dejan reconocer rasgos arquitectónicos definidos.

En cuanto a su caracterización general, Angles no deja duda alguna (*ibid.*: 147-149). Según él, Pisac está conformado por barrios extendidos sobre un área de varios kilómetros cuadrados y posee el cementerio más grande del Tawantinsuyu, que: «[...] no puede corresponder a un simple poblado, sino a una inmensa ciudad, con estratos sociales bien diferenciados, así explican las diversas calidades de sarcófagos» (Angles 1970: 147). Según él, su barrio central, el Intihuatana, solo es comparable con el Templo del Sol del Cuzco; su conjunto de torreones y su enorme muralla pertene-

cen a un sistema defensivo que solo es compatible con la calidad de una metrópoli. La cantidad de estructuras hace inferir una población numerosa. Por lo tanto, Pisac debió de haber tenido una importancia igual que la del Cuzco antes de Waina Capac. Con estas apreciaciones, Angles magnifica, aún más, la impresión original de Squier y de otros autores posteriores hasta llegar a extremos poco sostenibles.

Ya antes —y, ciertamente, después de Angles—, las menciones sobre Pisac abundan en la literatura, pero, por regla, estas se limitan a referencias generales o ilustraciones sin aportar mucho de nuevo. Solo se destacarán los planos y descripciones detallados de Qanchisraqay y de Qallaq'asa de Kendall (1985: part II, 365-375, plates 5, 6); el plano de Hyslop (1990: 299, redibujado del plano de Angles con la indicación de algunos caminos), quien define Pisac como *royal estate*, y las descripciones detalladas de las terrazas agrícolas y de la canalización del complejo por parte de Santillana (1999). Santillana trabajó en Pisac entre 1976 y 1977, por lo cual sus datos son más precisos y confiables que aquellos presentados con anterioridad, con la excepción de Kendall. Distingue 17 sectores de andenes, calculados en un total de 65,5 hectáreas, mientras que siete conjuntos arquitectónicos (Intiwatana, Incaqonqorina, Pisaqa, Qantus Raqay, Qallaq'asa, Hospitalniyoc y Qanchisraqay; cf. Fig. 2) alcanzan un total de solo 4,3 hectáreas (*ibid.*: 91). Sin embargo, habría que especificar esta «desproporción», más de 15 veces mayor en espacio para andenes que para estructuras. Se incluye los andenes en la parte baja (Patapatayoc y Pisac [pueblo]) que ocupan un espacio de más de 40 hectáreas, por lo que la andenería en la parte alta, más ligada a las estructuras del complejo, se reduce a 24 hectáreas (cinco veces más andenes que estructuras). Los andenes claramente asociados a las estructuras también se reducen de manera significativa, como en el caso de Pisaqa (estructuras de un total de 1,45 hectáreas y andenes de un total de 1,25 hectáreas). En todo caso, un espacio construido de menos de 5 hectáreas difícilmente merece el calificativo de «metrópoli», aunque el cálculo de Santillana, de manera probable, debería considerarse como mínimo por no incluir las estructuras dispersas sobre el área.

En cuanto a la función de los andenes, Santillana proporciona muchos datos e ideas interesantes. Piensa que existen andenes para las panacas reales en sitios tan empinados que la tierra para su construcción debe haberse traído de otros lugares. Asimismo, manifiestan detalles particulares como escalinatas, canales recolectores y una segmentación en «paños», es decir, bloques separados con muros transversales como soportes laterales. El autor distingue entre andenes estatales, andenes de culto, andenes ceremoniales, andenes de panacas reales y andenes aldeanos (*ibid.*: 86). En el caso de Pisaqa, los andenes tienen características especiales como mampostería poligonal, acceso restringido, con portadas y correderas, asociados y estructuras que, según el autor, podrían corresponder a un *aqllawasi*. También menciona andenes dedicados al culto de los ancestros (*ibid.*: 92-93).

En el sector Intiwatana, los andenes cumplen un papel ceremonial y se caracterizan por una mampostería fina del estilo cuzqueño, parecidas a las del Coricancha en el Cuzco (*ibid.*: 96). Para el tema tratado en este trabajo, es importante el aspecto estético de los andenes. Santillana sostiene que esta estética es intencional y refleja cánones formales aplicados en tejidos o cerámica, con presencia de rocas de carácter sagrado. En este aspecto, Pisac destaca por el mayor número de rasgos estéticos y variantes estilísticas, a las que se suman los efectos de luz y sombra, cambiantes durante el curso del día, así como el juego de colores entre las plantas cultivadas y las rocas (*ibid.*: 96-97). En cuanto a la función de todo el complejo, Santillana sostiene que fue propiedad agrícola de la *panaca* de Pachacutec. En relación a los sectores Qallaq'asa y Qantus Raqay (cf. Fig. 2), propone que posiblemente servían para trabajadores *yanaquna* traídos de otras zonas. Su opinión se basa en interpretaciones de fuentes históricas (cf. arriba).

En resumen, se nota una extraña diversidad de opiniones que tienden a enfatizar aspectos que se basan en diferentes percepciones del paisaje. En algunas de ellas lo agreste del terreno

sugiere funciones políticas —militares, control, defensa (¿contra quiénes?)—, pero la aceptada presencia de templos (Intihuatana) y mausoleos (Tantanamarca) contradice una función estrictamente militar. La estética del paisaje y de las construcciones adaptadas a este evocan otras sensaciones que no concuerdan con lo estrictamente político o, en todo caso, lo político fusionado con lo religioso (palacios, culto a los ancestros). A ello se agrega la noción del *royal estate*, o «finca», que enfatiza el aspecto económico, basado en la presencia extensa de los andenes. Por tanto, es el paisaje el que subyace a estas opiniones encontradas, sin que este esté especificado como ordenador de una lógica en la que todos los elementos, tanto «culturales» como «naturales», se junten sin contradicciones.

Un último punto por discutir es el cronológico. Por sus características constructivas no se duda que todo el complejo pertenezca a tiempos incaicos. Sobre la base de las evasivas menciones en las fuentes tempranas, se acepta, por lo general, que se trata de una sola obra de Pachacutec Inca, atribución fortalecida por estudios arquitectónicos comparativos con otros sitios asignados al mismo Inca (*cf.* Kendall 1985: part II, 350), una reflexión que tiene visos de argumento circular. Aún si se acepta esta atribución cronológica, esta no excluiría el agregado de elementos constructivos, sean edificios y andenes, con posterioridad, tanto en tiempos incaicos posteriores a Pachacutec como después de la llegada de los españoles. De este modo, Kendall (*ibid.*: part II, 347) fechó dos muestras de carbón de Pisac que resultaron modernas, en el sentido de provenir de los siglos XVI o XVII, e inclusive del siglo XX. Las interpreta como reocupaciones de la época de Tupac Inca o del periodo neoinca; *ibid.*: part II, 348). Por otro lado, la misma autora reconoce reocupaciones en el sector Qallaq'asa que sugieren que este sector fue ocupado durante un tiempo prolongado, con indicios de construcciones anteriores a los incas como otras algo posteriores, lo que coincide con la cerámica de diferentes estilos —como Killke,<sup>2</sup> Lucre e Inca— en la superficie de este sector y en sus alrededores (*ibid.*: 367-368, 371). Estas observaciones implican que Pisac no es un complejo unitemporal o, en cierto sentido, atemporal, sino que es el estado actual de una suma de paisajes diferentes, usados y percibidos durante un largo lapso de tiempo, aunque este no se haya definido y diferenciado hasta ahora. Lamentablemente, la documentación de las restauraciones e intervenciones arqueológicas, efectuadas en los últimos 30 años, no se ha publicado. Esta ausencia de información fundamental impide definiciones de mayor sustento respecto a las funciones inferidas por los elementos arquitectónicos.

### 3.2. Las bases para una definición de un estudio de la arqueología de paisaje de Pisac

Las divergencias de las opiniones discutidas se basan, entre otros aspectos, en los grados de precisión de la topografía del terreno, es decir, la presencia de mapas correctos del complejo y de sus componentes, cuya deficiencia ya fue señalada. A continuación se toma como referencia un plano elaborado por el INC del Cuzco (Fig. 2) con curvas de nivel de distancias de 50 metros. Este plano, cuya precisión no es mucho mejor que la del mencionado de Angles, se usará en conjunto con una foto aérea del Servicio Aerofotográfico Nacional (SAN 181-70-847) (Fig. 1). Las descripciones también se basan en observaciones de campo llevadas a cabo en 1999 y 2000.

Una primera lectura de este material permite diferenciar dos sectores principales, uno al sur (Hospitalniyoc, Pisaqa, Intiwatana, Inka Qonqorina) y otro al norte (Qallaq'asa, Antachaca y Qantus Raqay). La foto aérea muestra con más claridad que las partes principales de ambos sectores se encuentran sobre o cerca de dos collados en ambos extremos de un gran cerro rocoso de unos 720 metros de largo, cuya cresta principal es casi recta en dirección nornoroeste a sursureste y se disgrega, más hacia el sur, en elevaciones separadas y espolones, casi exactamente en dirección Norte-Sur (Fig. 1). Hacia el norte, este cerro está frente a dos cerros paralelos separados por la quebrada del río Kitamayo. El cerro de la margen derecha del río conforma la terminación de un farallón, con lo que se adquiere el aspecto de una especie de «S» alargada, cuya parte norte tiene

filas de estructuras funerarias (Tantanamarca). El otro cerro termina en un espolón que se enfrenta a uno muy parecido en su forma al cerro principal, ambos reforzados por estructuras en sus extremos. Los dos enmarcan un área plana muy limitada. El cerro antes mencionado corre abriéndose en dirección hacia el este, donde termina en otro espolón, en cuyo extremo se ubica Qantus Raqay. La forma semicircular de este conjunto refuerza los contornos naturales del cerro. Las andenerías tienen el aspecto, en planta, de un «reloj de arena», con la parte occidental más estrecha, alargada y segmentada; y la parte oriental amplia y más grande, con semicírculos grandes regulares, lo que refuerza la impresión de que el punto de juntura es un punto focal del paisaje.

La parte meridional muestra características diferentes. La cuenca del río Kitamayo que, encañada en el norte, se abre notablemente en el sur en ambos márgenes del río, a la altura donde se ubica el primer acueducto (*cf.* abajo) (Fig. 1). La cresta meridional, en dirección casi exactamente Norte-Sur, se inicia con un cono y baja al collado más extenso, para luego continuar en un espolón alargado de la misma orientación. A lo largo de este eje se distribuyen las estructuras y, al centro, se ubica el Intiwatana. La parte oriental del extremo sur coincide con una parte baja, redondeada y con forma de semicírculo, del cerro principal, donde se encuentra Pisaqa. Su configuración arquitectónica, también semicircular, coincide con la de Qantus Raqay en el norte, casi en el mismo grado de longitud.

Todo ello deja ver una distribución espacial de las estructuras, limitada en zonas aparentemente escogidas con intencionalidad, en la que el cerro principal y su entorno juegan un papel crucial. La comprensión de esta intencionalidad también es esencial para la definición del paisaje. Sin la intención de discutir la arquitectura en todos sus detalles, se ofrece una definición más precisa de esta interrelación entre elementos «culturales» y «naturales». Para ello se discutirá primero la zona septentrional.

Esta zona septentrional abarca ambos márgenes del río Kitamayo. En la margen derecha, una pendiente empinada está modificada mediante tres grupos de terrazas segmentadas, que se inicia en la terraza fluvial, con una altura de 4,1 metros en un total de nueve escalones (Fig. 3). Solo la más al Norte está en buen estado, mientras que las otras son más cortas y bajas (3,2 metros), y con andenes en menor número. Ya sobre el farallón, se ha construido un sistema de tres terrazas alargadas de 29,6 metros de largo, en una orientación que difiere de las terrazas más bajas. En una de estas se aprecia un gran nicho y en otra más alta dos estructuras rectangulares (Figs. 4, 5). Estas últimas, al parecer estructuras funerarias, están cuidadosamente construidas con piedras rojizas en la misma técnica que el material de las terrazas adjuntas y diferentes de las terrazas más bajas. Restos de muros hacia el sur y hacia el norte sugieren que se trata de un ambiente trapezoidal que puede haber existido aún en forma más completa en el tiempo de Wiener (*cf.* arriba). Las estructuras funerarias reutilizan ambientes cavados en la roca viva de la misma forma que los grupos de torres funerarias más hacia el sur de los que forma parte (Fig. 6). Todo este conjunto denota gran despliegue de trabajo de alta calidad, por lo que debe haber sido un lugar especial. Esta intuición se confirma con una serie de observaciones:

a) Desde el nicho mencionado se tiene una buena visibilidad por medio del collado descrito hacia el horizonte oriental. En este horizonte se aprecian dos cumbres de cerros altos: el del norte, llamado Pukara Pantilliclla, donde también se encuentran ruinas con estructuras funerarias (Kendall 1985: part II, 334-336, plano 24);<sup>3</sup> y el del sur, denominado Ventanayoc. Entre estos cerros se vislumbran otros dos, más pequeños. El sol sale entre estos dos cerros e ilumina la margen derecha del río Kitamayo, justamente en el punto de observación, cuando el resto está aún en la sombra.

b) A unos 15 metros por debajo de las estructuras mencionadas nace un manantial que constituye el inicio de un canal que se describirá más adelante.



*Fig. 3. Detalle de las terrazas debajo del complejo funerario que aparece arriba a la izquierda (Foto: T. Kusuda).*

c) El resto del muro de delimitación meridional del complejo funerario está en línea con otro «muro» al otro lado de la quebrada. Se trata de una falla geológica que, efectivamente, tiene aspecto de muro y delimita de manera nítida el Qallaq'asa del cerro (Fig. 7). En la foto aérea, esta línea se aprecia muy bien (Fig. 1). También parece coincidir con el límite meridional de la primera plazoleta al pie de las terrazas. En la misma foto se nota, asimismo, otra línea paralela más al norte que corresponde a un muro. Ambos sectores, por lo tanto, están orientados de la misma manera y, con ello, forman una unidad.

d) La plazoleta mencionada forma parte de tres ambientes alargados. El primero mide 14,20 por 29,60 metros, el segundo es de 16 por 27,50 metros, mientras que el tercero tiene 13,20 por 21,60 metros. Todos tienen piedras en su centro; en el caso del más bajo y meridional se trataría de una parada a modo de huanca. En esta parte, el río está reforzado o canalizado por medio de muros de contención.

e) El complejo descrito conforma un eje de visibilidad con otro sistema de terrazas segmentadas en la otra margen del río. Encima del segmento mayor, hacia su derecha, se aprecia un sistema de fuentes que apunta hacia el manantial mencionado —algo desviado hacia su izquierda— (Figs. 8, 9,

10, 11). Se trata de un complicado sistema de un conjunto de cuatro fuentes junto con otro de dos (Zapata *et al.* 2001; Fig. 10). Todo ello forma parte de un canal que se origina más al norte y conduce el agua de la bocatoma del Kitamayo al Qantus Raqay (Fig. 2, Canal 1).

f) Se ha de destacar la configuración del collado en el que dos terrazas redondeadas forman una especie de puerta visual del eje que se inicia en el complejo funerario. La del norte tiene un gran edificio circular, mientras que la del sur forma parte de una gran muralla que se describirá luego. En esta última se aprecia un edificio rectangular en el lugar correspondiente al circular.

g) El complejo de Qallaq'asa (*cf.* Kendall 1985: part II, 365-371, 400; Fig. 12) está orientado y delimitado hacia el sur por la falla geológica que forma una especie de muro, como se mencionó, y hacia el norte por una gran muralla, la que tiene un acceso llamado Amaru Punku. El sector pegado al «muro» sur consiste de una serie de edificios con muros divisorios internos y uno externo. Este último termina en una especie de punta que señala hacia el complejo funerario.

Este conjunto de elementos deja en claro que todo este lugar tiene como punto focal el complejo funerario. Por ello, es poco probable que Qallaq'asa haya tenido una función de fortaleza, tal como sostienen varios de los autores citados. Sería más probable pensar en un conjunto destinado al culto, por lo que la existencia de muros altos debería verse como algo multifuncional, quizá más relacionado con factores de exclusión, intimidad y de separación que con fines de defensa. Además de ello, hay indicios de que la ocupación de toda esta área, o parte de esta, se inicia antes de la llegada de los incas, sin poder definir bien el carácter preinca y las funciones que pudo tener, quizá ligeramente diferentes.

A partir del complejo funerario existe otro eje de visibilidad que permite seguir el curso del canal que se inicia en el mismo complejo y que conduce al sector Intiwatana, del que se aprecian los andenes (Fig. 13). Este sector forma el punto focal de la zona sur. Asimismo, se distingue de las estructuras del norte por una serie de elementos:

a) Se trata de un área claramente delimitada en una especie de gran trapecio de 72 metros de longitud y un ancho máximo de 32 metros, y que se orienta hacia el Sur, lo que implica un ángulo de visibilidad diferente al del norte que permite una visión amplia sobre la cuenca del río Vilcanota y los cerros en su margen izquierda. Del mismo modo, los edificios suelen tener entradas hacia el Sur. Hacia el norte está separado del cerro por una plataforma maciza.

b) La mayoría de estos edificios están contruidos sobre terrazas que tienen mampostería de la más alta calidad. Estos muros están hechos con bloques de piedra de color que van desde el ocre claro hasta el rojizo, y que contrastan con las rocas modificadas incluidas en el complejo. Tanto en técnica como en el color se diferencian de las del sector norte. Todas estas estructuras tienen plantas rectangulares, a excepción de una.

c) En el centro de este conjunto se aprecian rocas de la formación geológica del cerro. Estas destacan por un color gris oscuro, lo que produce un contraste marcado con los edificios. A estas rocas no solo se las respeta en el plan arquitectónico, sino que se las talla acomodándolas a las construcciones o se las encierra con muros de la misma factura. Aquí se encuentra el edificio más publicitado en la actualidad y que encierra al llamado Intiwatana (*cf.* Angles 1970: 41, Fig. 14). Otras rocas esculpidas se encuentran en el sector Inka Qonqorina.

d) La andenería que corresponde a este sector se limita a la falda occidental o al valle de río Kitamayo.

Antes de insertar en el paisaje los sectores Qantus Raqay y Pisaqa, conviene concentrarse en las conexiones entre las partes septentrional y meridional. Para ello hay que especificar el canal



*Fig. 4. Vista del complejo funerario, con nicho a la izquierda (Foto: J. Zapata).*



*Fig. 5. Detalle de una de las estructuras funerarias (Foto: J. Zapata).*



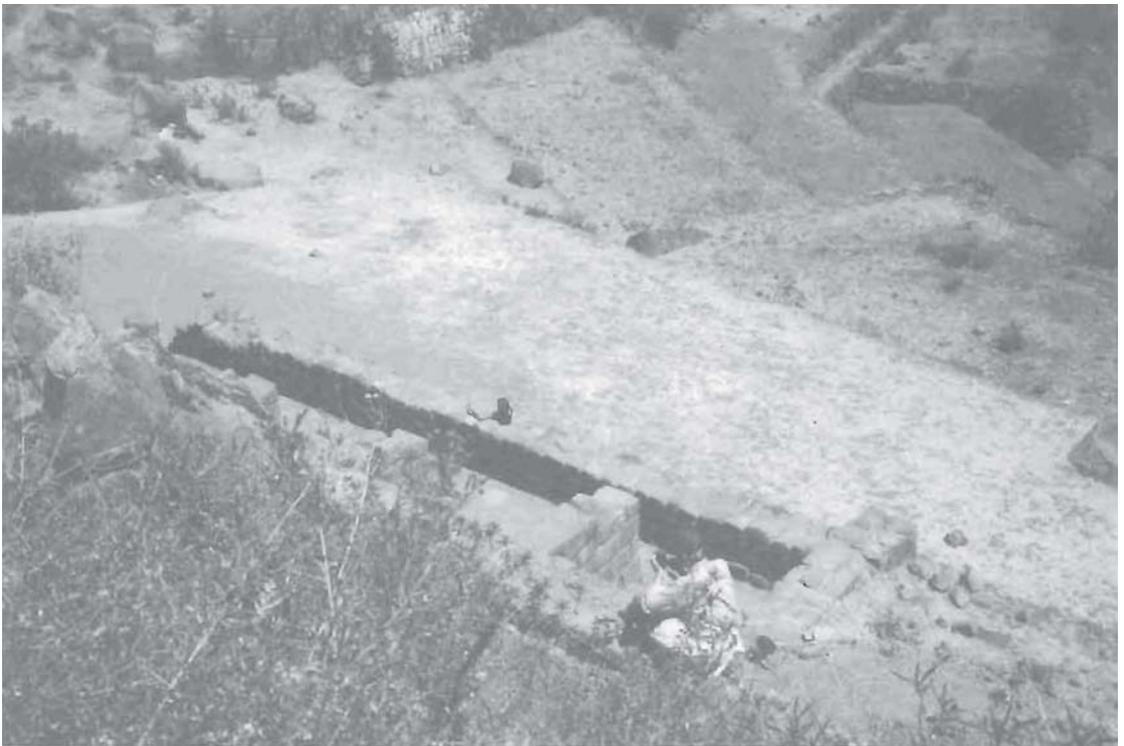
*Fig. 6. Grupo de estructuras funerarias de Tantanamarca (Foto: J. Zapata).*



*Fig. 7. Vista desde el complejo funerario al Qallqa'asa, con «muro» de separación (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 8. Vista desde el complejo funerario a las terrazas del collado frente al río Kitamayo (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 9. Vista del conjunto de cuatro fuentes del Canal I frente al complejo funerario (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 10. Detalle de una de las fuentes de la Fig. 9 (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 11. Otra fuente del conjunto de la Fig. 9 (Foto: T. Kusuda).*

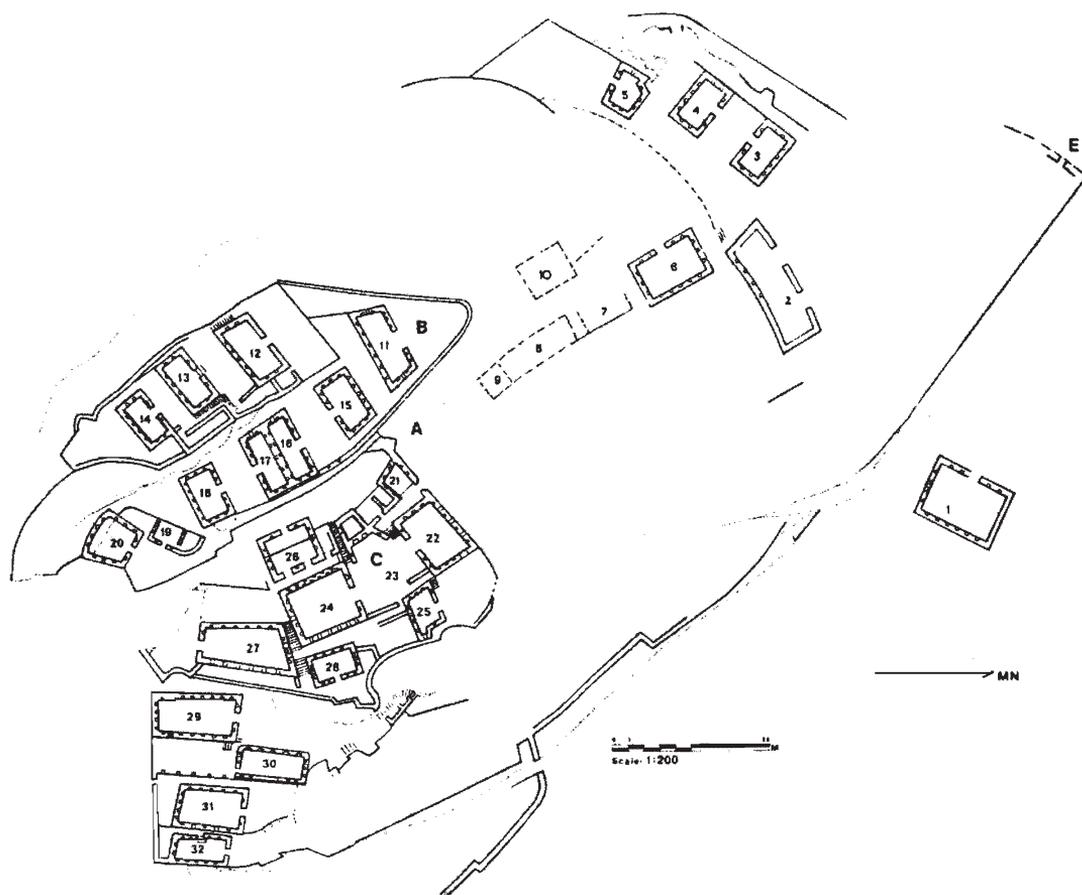


Fig. 12. Plano de Qallaq'asa (de Kendall 1985).

que parte del complejo funerario (Fig. 2, Canal 2). Consiste de lajas laterales y basales, y tiene un ancho de 15 centímetros y una profundidad de 13 centímetros (Fig. 15). La pendiente inicial es de 12,5 grados y corre debajo de la zona de las estructuras funerarias de Tantanamarca, encontrándose bajo sombra durante buena parte del día. Luego voltea hacia el río en una zona llamada Antachaca, cuyo nombre implica la función de puente, pero, de manera evidente, constituye un acueducto. Se trata de dos estructuras macizas levantadas con buena mampostería de piedras de color gris claro azulado, diferente a las usadas en el complejo funerario y en el Intiwatana, a unos 20 metros sobre el río y tiene una longitud de 20,7 metros (Fig. 16).

Actualmente, toda esta zona, como toda la margen derecha del río Kitamayo, está cubierta por densa vegetación, de modo que resulta difícil entender este sector en la totalidad de las instalaciones involucradas. Parece tratarse de un complejo similar, quizá, al que aparece en el plano de Wiener citado al inicio (Wiener 1993 [1880]). Del acueducto descrito, el canal conduce a un farallón donde existe otro acueducto de unos 20 metros de largo y altura de hasta 7 metros (Fig. 17), y sigue con una pendiente mínima hasta el sector Intiwatana. Al entrar al sector, se junta con otro canal corto (Fig. 2, Canal 4) que baja del cerro y se origina en el sector Inka Qonqorina. Luego, pasa por el lado occidental bordeando las estructuras donde aparecen otras dos fuentes, a la altura del Intiwatana. El

agua se recolecta en una poza de poca profundidad delante del extremo sur del sector para voltear en ángulo recto y bajar por la ladera oriental por una pendiente accidentada. Al inicio cae por dos fuentes y en la base hay otra, con lo que existen un total de siete fuentes en el sector Intiwatana (Figs. 18, 19). A la altura del sector Pisaqa, cerca de los andenes, se pierde después de un recorrido de poco más de 1,1 kilómetros. Este canal, ya brevemente mencionado por Santillana (1999: 104), se caracteriza por un despliegue extraordinario de ingeniería hidráulica y alta calidad de mampostería, lo que no guarda relación con su reducido potencial de transporte de agua, por lo que es más probable que haya tenido otras funciones. Como demuestra la Fig. 2, bordea el cerro en casi toda su extensión occidental y su extremo meridional. Es, por lo tanto, una especie de conducto comunicativo líquido que vincula el complejo funerario con el Intiwatana y la zona baja de Pisaqa, la que cumple diferentes funciones. Esta especie de delimitación del cerro por canales se nota también en el lado oriental del cerro, lugar donde aparece otro canal (Fig. 2, Canal 3) que nace en un manantial cerca de una de las portadas.

La delimitación oriental del cerro, sin embargo, está dada por una muralla larga que no está conservada en todo su trayecto. Parece iniciarse al pie del cerro, cerca de la parte final del Canal 2, para bordearlo hasta el sector Qallaq'asa, donde desaparece en el estrechamiento del collado, pero podría haber seguido hasta el otro lado del cerro (Figs. 20, 21). Esta muralla es de muy buena factura, lo que resalta su importancia. Su relación con el cerro está reforzada por la existencia de varias portadas que permiten el acceso a diferentes puntos del cerro: una a la altura de Inka Qonqorina; la segunda en su parte central, donde hay una serie de modificaciones en la parte alta; la tercera cerca de uno de dos «túneles»; y la cuarta como acceso al Qallaq'asa. Lamentablemente, las modificaciones del cerro mismo no se aprecian en el mapa ni en la foto aérea (Figs. 1, 2).

En la falda oriental del cerro de Pisac destacan dos zonas con orientación hacia el valle de Chongo, las que comparten visibilidad, así como algunas características constructivas. La más septentrional de ellas, Qantus Raqay (Figs. 23, 24), se conforma de dos partes. La primera, más alta, se compone de varias terrazas semicirculares superpuestas que terminan en terrazas rectas en la parte sur, orientadas hacia el Este y en cuyo centro se halla un patio con rocas y fuentes líticas (Fig. 25). Estas fuentes indican que debe existir otro canal, el que no ha podido ser ubicado claramente. Ventanas en algunos de los muros y una puerta central dirigen la vista hacia varios puntos del valle y del horizonte. Delante de este complejo semicircular se ubica otro sector plano con edificios rectangulares cuyo contorno se asemeja a un trapecio que recuerda al sector Intiwatana. Si bien la mampostería dista de la perfección de este último, las características complejas de Qantus Raqay le conceden una importancia que no sugiere funciones «mundanas».

El sector Pisaqa, de mayor extensión que Qantus Raqay, también tiene arquitectura semicircular en tres niveles, pero carece de la terraza antepuesta de Qantus Raqay, de las fuentes y, por ende, de un canal. En el nivel superior existe una acumulación de rocas y pocas estructuras; en los niveles interiores, estas últimas tienden a adoptar un patrón radial cuyo centro parece ser la acumulación de rocas (Fig. 26). Asimismo, su ubicación permite una amplia vista sobre el valle de Chongo, el horizonte oriental y parte del río Vilcanota, así como contacto visual con el sector Intiwatana y, como se mencionó, con Qantus Raqay.

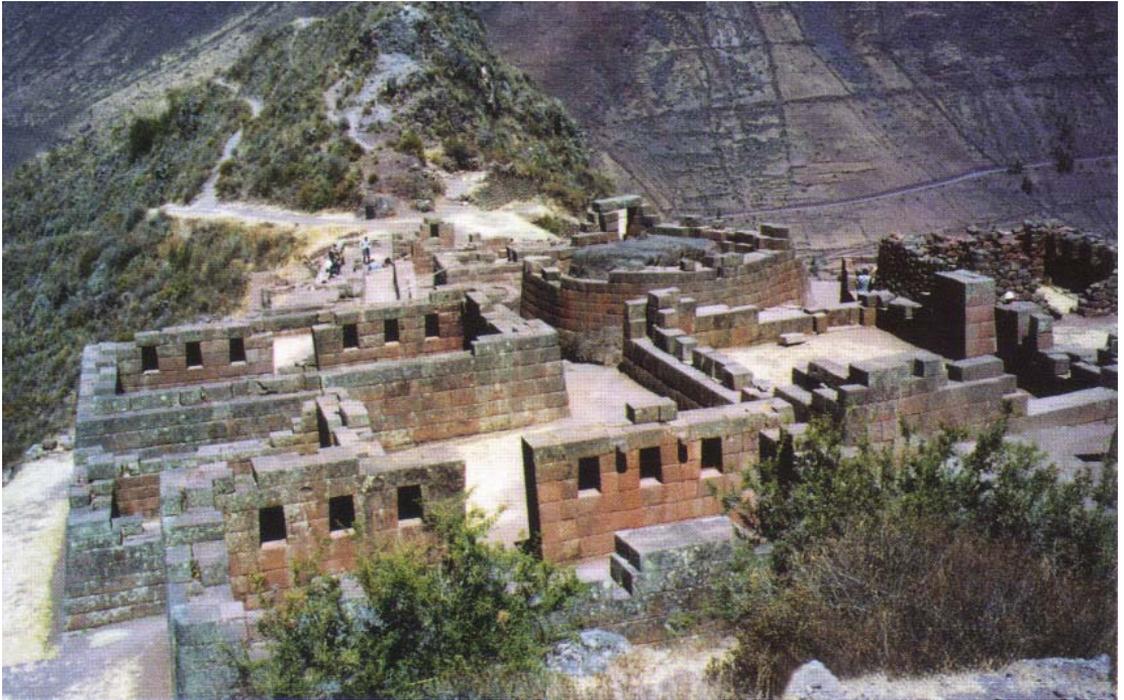
Toda esta descripción, por tanto, no solo muestra que el cerro principal de Pisac es el motivo de la organización de los sectores principales del complejo, sino que también es centro y razón de su existencia. Si bien las zonas meridional y septentrional se diferencian en una serie de aspectos, están conectadas por una red complicada que incluye canales rituales, fuentes líticas, rocas asociadas, murallas y ejes o ángulos de visión. Estos ejes y ángulos «irradian» desde el cerro hacia diferentes direcciones, con visibilidad parcial, a los cuales se debería agregar otra zona que es la parte alta del cerro, aplanada, que permite una visión completa de 360 grados. Esta irradiación



*Fig. 13. El conjunto de Qalla'qasa, con una muralla en la parte baja (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 14. Vista del complejo funerario, con el acueducto de Antachaca en el centro y el sector Intiwatana al fondo (Foto: T. Kusuda).*



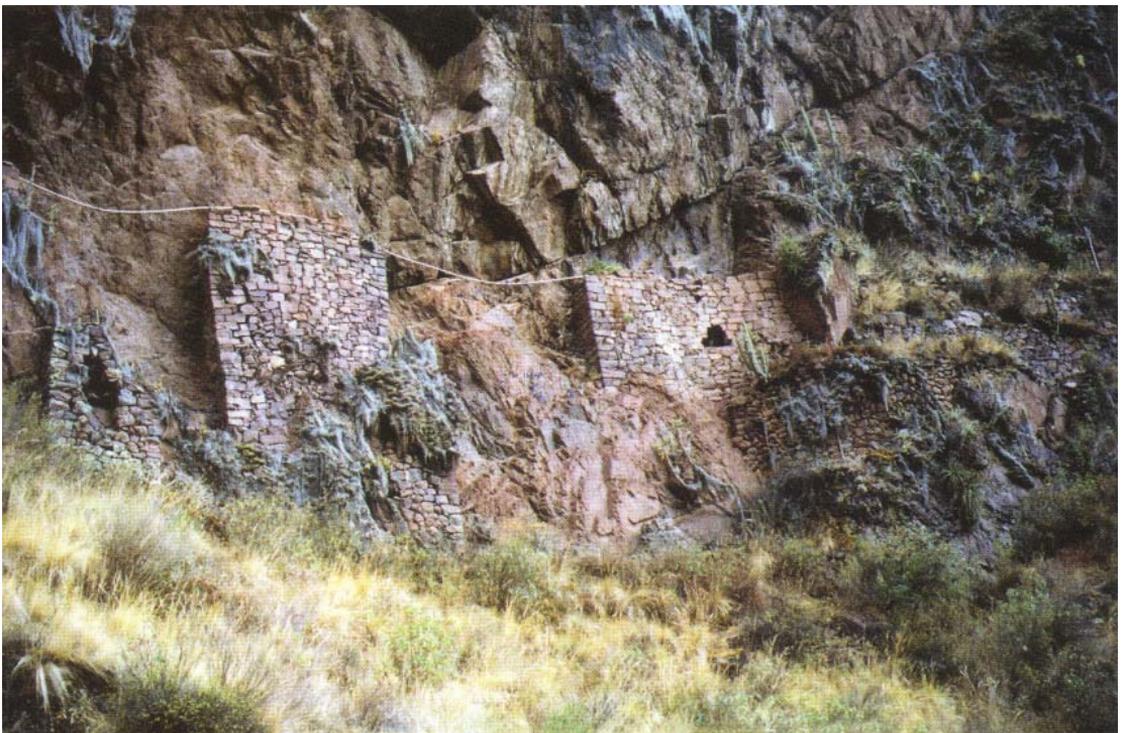
*Fig. 15. Vista del sector Intiwatana, con el «Intiwatana» en el centro (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 16. El Canal 2, cerca del sector Intiwatana (Foto: T. Kusuda).*



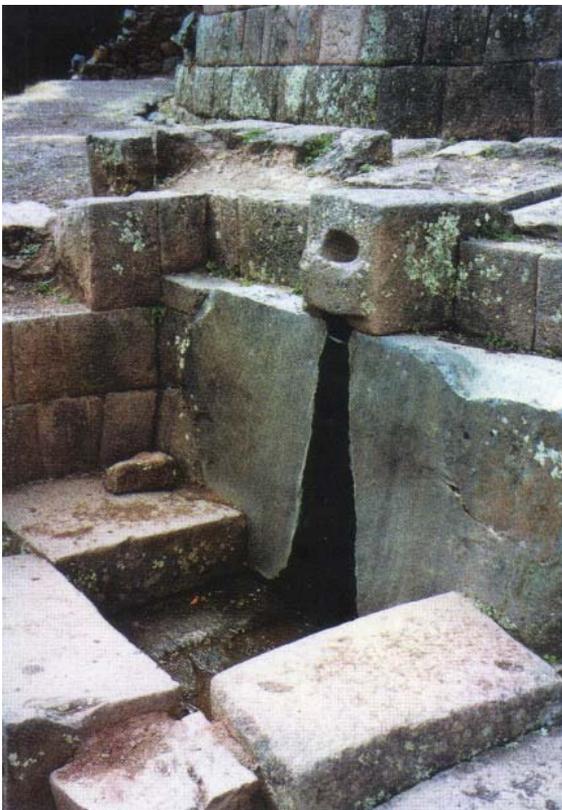
*Fig. 17. El acueducto Antachaca, con estructuras aledañas (Foto: T. Kusuda).*



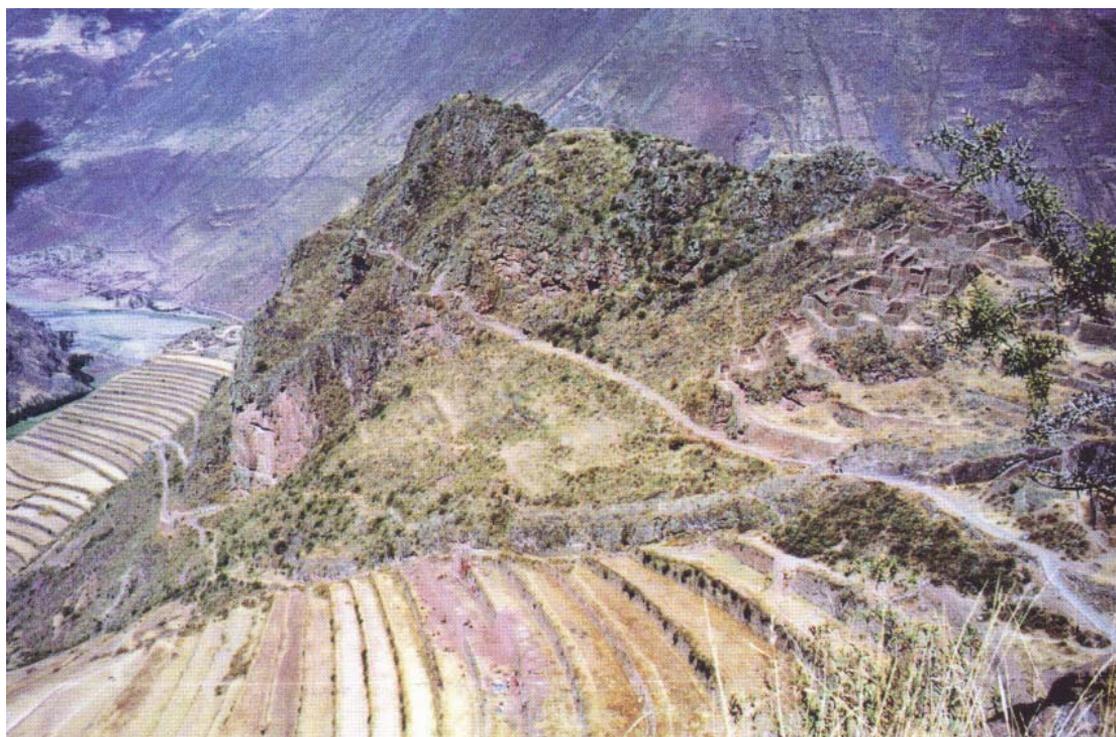
*Fig. 18. El segundo acueducto en la falda occidental del cerro de Pisac (Foto: T. Kusuda).*



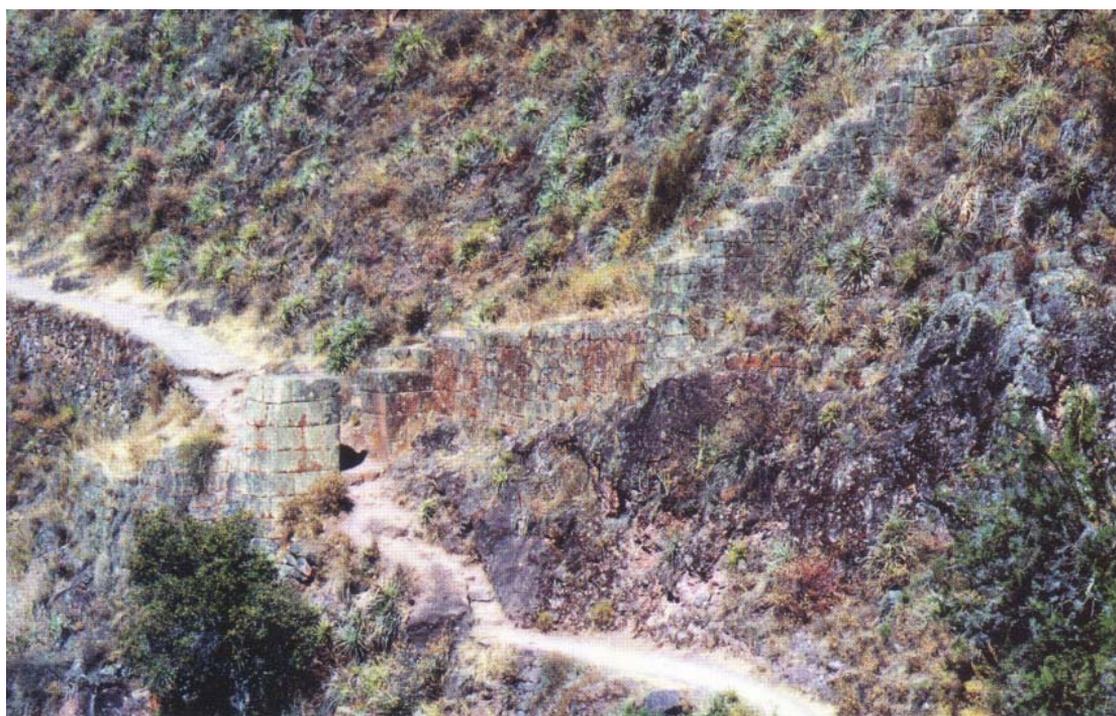
*Fig. 19. La confluencia de los canales 2 y 4 en el sector Intiwatana (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 20. Detalle de una fuente del mismo sector (Foto: J. Zapata).*



*Fig. 21. Vista desde Qantus Raqay con muralla, Qallaq'asa y la cuenca del río Vilcanota en el fondo (Foto: T. Kusuda).*



*Fig. 22. Detalle de la muralla con portada (Foto: T. Kusuda).*

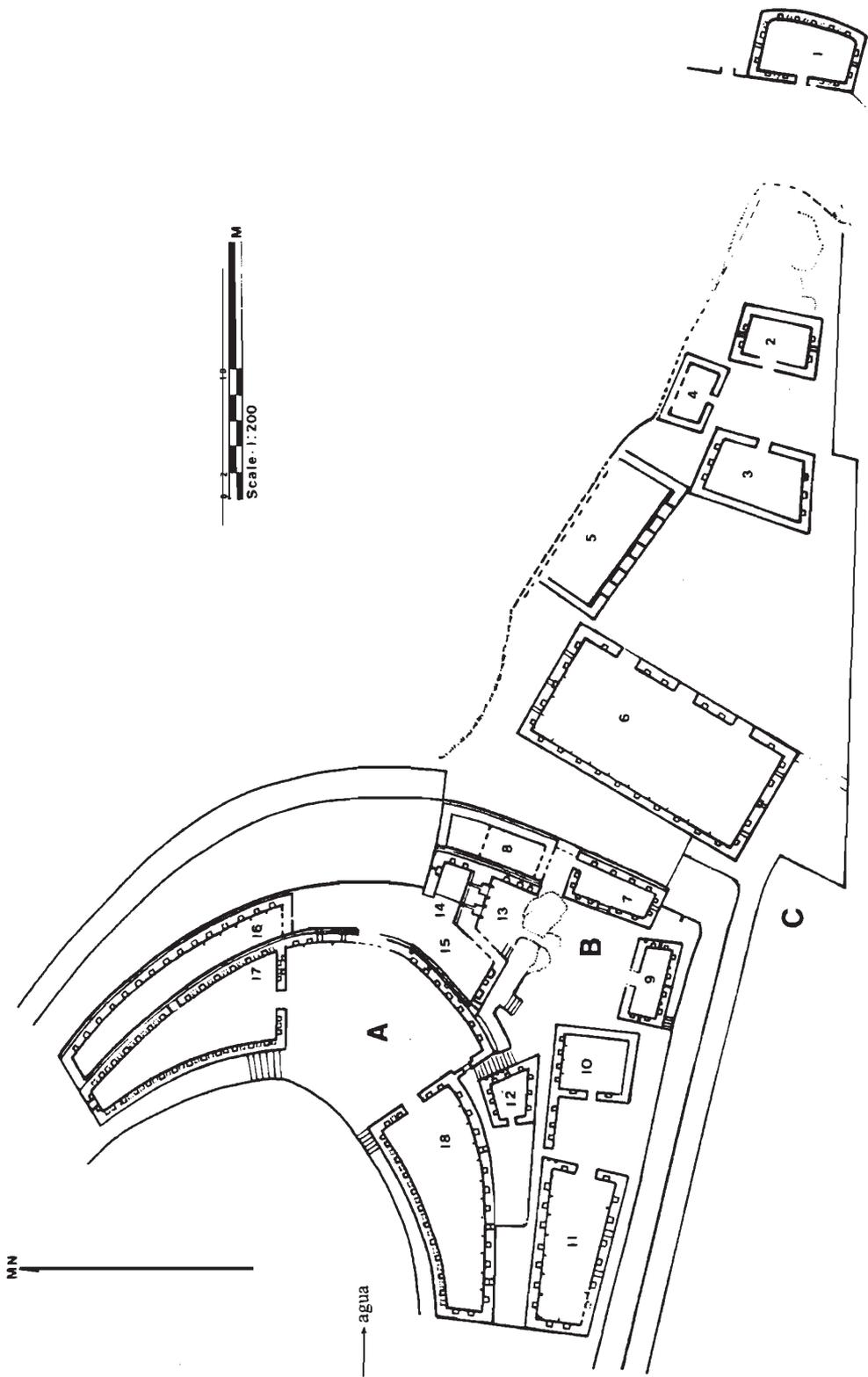


Fig. 23. Plano de Qantus Raqqay (de Kendall 1985).



Fig. 24. Vista de *Qantus Raqay* desde el cerro (Foto: T. Kusuda).

también se refleja en las terrazas y sus demarcaciones lineales, sobre todo en los casos de las segmentadas. Todo ello implica, evidentemente, que todo el complejo se vincula con un paisaje mayor o, quizá, con otros paisajes, otros ríos —el Chongo y el Vilcanota—, así como con otros cerros y, en fin, otros sitios incaicos en los alrededores. El mismo cerro, además, está delimitado tanto por vías de agua como por murallas. De igual forma, ha de destacarse que se emplea, como material constructivo, rocas de diferentes colores, formas y tallado que varían por sectores, lo que sugiere una intencionalidad funcional, dentro de una lógica eminentemente ritual.

A partir de lo mencionado, quedan descartadas las hipótesis de un carácter militar, como también la de una especie de ciudad o aun «metrópoli», así como la de una propiedad del Inca o *royal estate* que, de manera difícil, capta lo esencial del complejo. Casi toda el área funeraria corresponde a estructuras funerarias anteriores —Lucre y Killke—, las que en la parte norte han sido reutilizadas como «mausoleos» incaicos. Este hecho implica que la margen derecha del río Kitamayo y la del collado norte del cerro tienen una ocupación anterior cuyas características están por definir por medio de excavaciones. Ante la ausencia de trabajos respectivos, se ignora si la parte sur también tendría ocupaciones previas.

### 3.3. El agua, las rocas y los ancestros en la conceptualización incaica

La vinculación entre el agua, las rocas y las tumbas constituye un factor recurrente en los paisajes incaicos, por lo que Pisac no debería considerarse una excepción. Pese a ello, esta vinculación esconde significados que se ordenan en diferentes niveles y dentro de una dialéctica entre lo «natural» y lo «cultural». El agua se manifiesta en forma de lluvia, manantiales, ríos, cascadas y lagos; está «transformada» en canales, drenajes, fuentes, reservorios o pozos; cae en forma vertical (lluvia, cascadas, vertederos de fuentes), fluye (ríos y canales) o se estanca (lagos, lagunas,

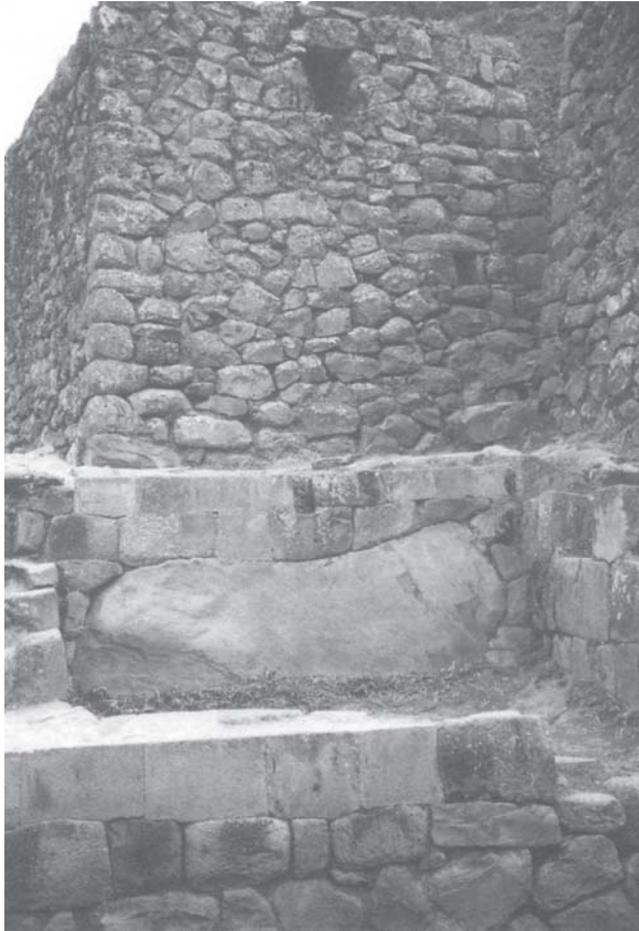


Fig. 25. Fuente del sector *Qantus Raqay* (Foto: T. Kusuda).

reservorios o pozos de fuentes). La roca aparece en forma de cerros, bloques aislados o en acumulaciones, movida o dejada en su lugar, inalterada o tallada. Van de Guchte (1990: 331-333) se concentra en la roca esculpida y reconoce varias categorías funcionales:

a) Símbolos de conmemoración, como marcadores de orígenes ancestrales en lugares de eventos cosmogónicos, como testimonios líticos del vínculo entre seres metafísicos y el mundo humano. También fungen como marcadores territoriales, puntos de inicios de sistemas de irrigación y protectores de campos de cultivo (*huanca*, *pururauca*, *sayhua*).

b) Se establecen como instrumentos de mediación y de comunicación entre los mortales y lo sobrenatural, en forma de altares para ofrendas o libaciones. Las ubicadas cerca de las cuevas marcan el descenso al mundo de abajo, mientras que en otros contextos son utilizados como gradas para subir al cielo o sirven para el descenso de cuerpos celestiales. Asimismo, permiten la visualización de la presencia y el poder del Inca, y fungen de observatorios para lugares especiales en el espacio (*chanca*, *tiana*, *usnu*).

c) Finalmente, indican diferentes modos de identidad: un estatus o calidad particular en un sistema de oposiciones, en una jerarquía (*hanan-hurin*), o como roca en relación con el agua en movimiento. También es, obviamente, un marcador que señala su carácter de «incaidad» en un sistema de



Fig. 26. Vista general de Pisaca (Foto: T. Kusuda).

hierofanías dictado y controlado por políticas dinásticas y asuntos cosmológicos. En esta calidad se le llama «huaca», término que incluye culto a los ancestros, a la muerte, reyes vivos, así como luchas con seres sobrenaturales, capacidades de oráculo y actividades chamánicas.

Evidentemente, las rocas forman parte del paisaje y clasifican elementos naturales, concentrándose en lugares centrales que forman una especie de mapas mentales. Estos se organizan por medio de oposiciones, términos de parentesco y relaciones geográficas, las que están organizadas en líneas generacionales. De todo ello se puede deducir que los incas tenían el concepto de un mundo mineral, paralelo y similar a su propia estructura social. Este paralelismo permite que las rocas se puedan transformar en seres humanos —tanto como los humanos en piedra— y se muevan, bailen y lloren (Van de Guchte 1990: 333-335). Estas observaciones no se limitan al mundo mineralizado transformado sino a rocas o cerros no modificados que sirven de modelo a lo esculpido (*cf.* Van de Guchte 1999).

A partir de lo anteriormente expuesto, surge también la impresión de que el paisaje se percibe como cuerpo humano (*cf.* Classen 1993), pero resultaría algo difícil y limitado el tratar de interpretar el paisaje a través de esta lógica como lo observa Van de Guchte (1999: 149-151). Ambos autores también se refieren a la sinestesia, la percepción multisensorial del paisaje, como factor importante de su manejo y su significado, aunque las referencias se limitan a datos etnohistóricos que señalan el «vestido» de rocas con tejidos multicolores, bailes, cantos, el habla de las huacas, etc. (Classen 1995: 35-38, 51-55). Por otro lado, si bien queda obvia la relación entre agua y rocas, al parecer no existe un trabajo que analice el significado de los canales rituales con la profundidad con la que lo hizo Van de Guchte para las rocas (*cf.* Hyslop 1990: 130). El problema de la ancestralidad, claramente ligado al tema, también resultaría algo difícil de discutir en la forma detenida que merecería (*cf.* Kaulicke 2000), por lo que a continuación solo se la tratará en relación con la interpretación presentada.

#### 4. Pisac como paisaje sagrado

Con los datos obtenidos se puede intentar una interpretación global de Pisac. En primer lugar, queda poca duda de que el cerro de Pisac es una huaca, probablemente desde tiempos preincasicos. Este cerro sirve, de igual manera, como ordenador del paisaje en un sector alto (*hanan*) y otro bajo (*hurin*). En la parte occidental, la cuenca del río Kitamayo delimita el reino de los muertos y de la sombra; asimismo, en la parte oriental recibe el Sol y es ahí donde se ubica la mayoría de las terrazas agrícolas, delimitadas por el río Chongo. Hacia el sur está demarcado por la amplia cuenca del río Vilcanota, donde desembocan ambos ríos mencionados, mientras que hacia el norte está delimitado por cerros. Un canal de irrigación lo vincula con la laguna de Quimsacocha.

Como se constató, la parte norte ha sido convertida en un conjunto cuyo punto focal es el complejo funerario cuyas terrazas están alineadas con el Qallaq'asa, el grupo arquitectónico más extenso de esta zona. Este complejo se ubica en un cerro que lleva por nombre Guanacauri. En la lectura de Szemiński (1991), este nombre hace referencia a una divinidad relacionada con el Sol y con Viracocha, así como con el origen de los incas, pero de manera especial con una pareja de antepasados que tenía *aqllakuna* a su servicio. Esta interpretación es muy sugestiva en el caso de Pisac, ya que el complejo funerario consiste de dos estructuras mellizas. La relación con el Sol es obvia, tal como se mencionó. En este sentido, también es posible que Qallaq'asa pueda interpretarse como *aqllawasi*, una interpretación que concuerda con la clasificación de Kendall (1985).

Las fuentes líticas del Canal 1, que conduce a Qantus Raqay, están igualmente alineadas con el complejo funerario, por lo que es probable que su funcionalidad esté relacionada con la de este último. El mismo Qantus Raqay no tiene características de habitaciones para obreros, sino que concordaría mejor con las funciones de culto, lo que es sugerido por su parte delantera —que recuerda al contorno del sector Intiwatana—, así como su orientación compartida con la del eje visual del complejo funerario, quizá en alineamiento con el sitio Pukara Pantilliclla (véase arriba). La presencia de rocas, fuentes y de un probable manantial también hablan a favor de esta hipótesis. El hecho que su mampostería no alcance la perfección de otros sectores tampoco es necesariamente relevante. Podría haber estado cubierto con enlucido, lo que prestaría una apariencia mucho más vistosa que la que tiene en la actualidad.

Al parecer, el complejo funerario estaba enmarcado entre muros que deberían haber dado al complejo una forma trapezoidal —quizá escalonada, como aparece en el plano de Wiener (*cf.* arriba)—, pero de ellos quedan pocos restos. Tres plazoletas ubicadas en la base se asemejan en gran medida a las instalaciones correspondientes en el sector Inca Misana de Ollantaytambo (Gibaja 1984: 4), donde también se ubican cerca al río y a canales.

A unos 15 metros por debajo de las estructuras funerarias nace un manantial que se convierte en canal, el que da inicio a una serie de instalaciones sorprendentes. Si se acepta la relación entre el complejo funerario y los ancestros, es igualmente probable una conexión entre los ancestros y el agua. La interpretación más viable es la de la conversión del agua en «agua cultural», en la orina o el semen de los ancestros, o en la manifestación líquida de su poder generador —llamado *illa*— el cual está regenerado cada mañana por el Sol. Luego, pasa nuevamente a las sombras por debajo de las líneas del gran número de otras estructuras funerarias con la presencia de otros ancestros anteriores. En una especie de espolón natural, voltea hacia el río para cruzarlo tras valerse de un acueducto. Su mampostería, de gran calidad en ambos lados, sugiere que se trata de un sector más grande y elaborado. Hoy en día está cubierto por una maleza que no deja reconocerlo del todo. Según el plano de Wiener (1993 [1880]: 396), parece ser un lugar amurallado de forma hexagonal y con estructuras en su interior. Con ello se enfatiza el paso hacia el cerro principal y a otra esfera. Pasando por otro acueducto más sencillo llega, casi en línea recta, al sector Intiwatana. El canal,

inmediatamente después de entrar, se une con otro que proviene del cerro. Este canal, muy corto evidentemente, no tiene importancia económica, sino que debe entenderse como la contribución del poder regenerativo del cerro-huaca. Otras dos fuentes se ubican a la altura de las rocas esculpidas del centro del sector. Como en el cerro, el canal bordea el sector, constituyéndose como límite líquido, opuesto a lo sólido de las terrazas del este, una especie de *pars pro toto* del cerro en sí. Las llamativas construcciones de las que se compone este sector dejan pensar, efectivamente, en la presencia de un templo del Sol, tal como menciona Sarmiento (*cf.* arriba). Betanzos (1987 [1551-1557]) también cita, con frecuencia, la construcción de un templo del Sol en conmemoración de una victoria. En este caso, no importaría solo el aspecto del culto sino, también, el del poder político, igualmente manifestado en la imposición de los ancestros propios sobre los ancestros ajenos y anteriores. La orientación de estas estructuras señala hacia al Cuzco, aunque no se encuentra en alineamiento con el Coricancha de manera necesaria.

Luego, este mismo canal baja al otro lado del cerro, nuevamente con la ayuda de fuentes, conectándose con el sector Pisaqa en forma parecida a como lo hace el Canal 1 con el Qallaq'asa. Es posible que entre también en el sector de las terrazas agrícolas, pero no quedan rasgos claros de ello. El mismo sector Pisaqa, si bien muestra características parecidas a Qantus Raqay, tiene más evidencias de estructuras con plantas y orientaciones compartidas que este último, de modo que evocan más la presencia de viviendas. En todo caso, su número impide pensar en una población importante; y es más probable que haya servido para albergar el personal dedicado al culto practicado en el sector Intiwatana.

Este carácter predominantemente sagrado del complejo de Pisac parece estar en desacuerdo con la gran cantidad de terrazas que podrían hacer pensar en un interés más económico del conjunto. Pero, como se mencionó, las terrazas asociadas de manera clara a los complejos arquitectónicos son mucho más reducidas y pueden corresponder a diferentes usos y diferentes destinos de sus productos. Otras, más extensas, en la parte baja, cerca del moderno pueblo de Pisac, no pertenecen, de modo necesario, al complejo de las alturas sino a otros sitios en las cercanías. Tampoco se puede excluir la instalación de otras cuando el conjunto sagrado ya había dejado de estar en vigencia. Los miembros de la *panaca* de Pachacutec podrían haberse encargado del conjunto, pero ellas también deberían haber vivido en las partes más bajas.

Esta caracterización del paisaje de Pisac padece de información pertinente que no es disponible hasta ahora. Las excavaciones realizadas no se han publicado aún, por lo que se ignora la contextualización necesaria tanto de la andenería como de los conjuntos arquitectónicos. Algunas zonas, sobre todo las de la margen derecha del río Kitamayo han escapado, al parecer, de la atención de los arqueólogos. Las frecuentes menciones de ejes visuales requieren de mediciones más precisas y faltan planos detallados, así como modelos tridimensionales del área. En resumen, toda esta interpretación resulta en una cadena de hipótesis que requieren su fundamento por medio de investigaciones más exhaustivas.

## 5. Conclusiones

El enfoque de la arqueología del paisaje es particularmente prometedor para la arqueología incaica. Los incas tenían especial interés en insertar sus elementos culturales (construcciones e instalaciones) en una armonía y correspondencia con lugares «naturales», con lo que obtuvieron un conjunto que, por ende, solo es comprensible en una percepción «holística». Estas percepciones, cuya estética atrae en la actualidad, no corresponden, sin embargo, a cánones «neutros» o universales sino a significados específicos cuya comprensión solo es posible por medio de un registro preciso de las interrelaciones entre lo «cultural» y lo «natural», con la información adicional de los datos etnohistóricos.

Tal como demuestra la discusión del caso de Pisac, estos «datos» deben conceptualizarse por medio de comparaciones con el fin de llevar a cabo una confrontación crítica de las fuentes escritas y las evidencias materiales. Su carácter, en muchos casos, suele ser complementario, en el sentido de que la materialidad es solo parte del paisaje, ya que falta el aspecto del movimiento, de las acciones rituales y la multisensorialidad (canto, música, colores de tejidos, vestidos, etc.). Lo material, en este caso, es el marco referencial con otro tipo de percepciones sensoriales (ruido de agua, luz y sombra, colores de los elementos «naturales» y «culturales», relaciones visuales entre objetos cercanos y lejanos, etc.), cuya intencionalidad refleja la presencia de conceptos de organización del espacio y sus significados. Este aspecto material debería estar complementado por contextos arqueológicos como las evidencias de ofrendas, sacrificios, contextos funerarios y otros, los que deben existir en Pisac, pero se ignoran por falta de información pertinente o por ausencia de excavaciones en los lugares apropiados.

Pese a las restricciones mencionadas, la interpretación presentada aquí del paisaje de Pisac, que resulta de la combinación de los elementos disponibles, es más coherente y, a la vez, más acorde con los cánones incaicos que la mayoría de las interpretaciones ofrecidas hasta ahora. Permite también una propuesta más independiente por medio de enfoques arqueológicos que resultan en hipótesis novedosas y en un acercamiento crítico a las pocas y vagas menciones provenientes de las fuentes escritas.

## Notas

<sup>1</sup> Julien (2000: 214, 219) menciona el «valle de Pisac», lo que significa que no se trata de un lugar específico sino de una zona, probablemente un segmento del río Vilcanota. Bauer y Covey (2004: 84) señalan que la «finca estatal» de Pachacuti se ubicó en la parte baja que, por lo tanto, tampoco corresponde al sitio arqueológico discutido en este trabajo.

<sup>2</sup> En otro trabajo, Kendall (1996: 130, 132) sostiene que existe una fase Qanchisraqay A y B, que corresponde a un «protoclásico» que antecede al Inca Clásico o a un «Killke Tardío».

<sup>3</sup> Según Covey (2003: 338), Pukara Pantilliclla fue una pequeña aldea hasta 1300 d.C., época en la que crece hasta unas 10 hectáreas, con estructuras administrativas o religiosas (Covey 2003: figs. 5,11), y se convierte en el sitio más grande de la región. Su importancia se mantiene durante el gobierno incaico, subordinado al crecimiento de Pisac. También tiene áreas importantes de terrazas (Bauer y Covey 2004: 83). Estos datos corroboran la interrelación entre Pisac y Pukara Pantilliclla durante el periodo killke, cuando el primero podría haber tenido una importancia mayor como área funeraria con instalaciones relacionadas.

## REFERENCIAS

**Angles, V.**

1970 *P'isaq, metrópoli inka*, Industrial Gráfica, Lima.

**Anshuetz, R. F., R. H. Wilshusen y C. L. Scheik**

2001 An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions, *Journal of Archaeological Research* 9 (2), 157-211, New York.

**Ashmore, W. y A. B. Knapp (eds.)**

1999 *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell, Malden/Oxford.

**Bauer, S. y R. A. Covey**

2004 The Development of the Inca State (AD 1000-1400), en: B. S. Bauer (ed.), *Ancient Cuzco. Heartland of the Incas*, 71-90, University of Texas Press, Austin.

**Bender, B. (ed.)**

1993 *Landscape: Politics and Perspectives*, Berg, Providence.

**Betanzos, J. de**

1987 *Suma y narración de los incas* [prólogo, transcripción y notas por M. del C. Martín Rubio, estudios preliminares de H. Villanueva, D. Ramos y M. del C. Martín Rubio], Atlas, Madrid.  
-1557]

**Bloch, M.**

1977 The Past and the Present in the Present, *Man* 12, 278-292, London.

**Bowden, M. (ed.)**

1999 *Unravelling the Landscape: An Inquisitive Approach to Archaeology*, Tempus, Stroud, Gloucestershire/Charleston.

**Bowser, B. J. (ed.)**

2004 Special Issue: Recent Advances in the Archaeology of Place I-II, *Journal of Archaeological Method and Theory* 11 (1-2), New York.

**Bradley, R.**

2000 *An Archaeology of Natural Places*, Routledge, London/New York.

**Carmichael, D. L., J. Hubert, B. Reeves y A. Schanche (eds.)**

1994 Sacred Sites, Sacred Places, *One World Archaeology* 23, London/New York.

**Classen, C.**

1993 *Inca Cosmology and the Human Body*, University of Utah Press, Salt Lake City.

**Cosey, E. S.**

1996 How to Get from Space to Place in a Fairly Short Stretch of Time: Phenomenological Prolegomena, en: S. Feld y K. H. Basso (eds.), *Senses of Place*, 3-51, School of American Research Press, Santa Fe.

**Cosgrove, D. E.**

1998 *Social Formation and Symbolic Landscape*, University of Wisconsin Press, Madison/London.

**Covey, R. A.**

2003 A Processual Study of Inka State Formation, *Journal of Anthropological Archaeology* 22 (4), 333-357.

**Feld, S.**

1996 Waterfall of Song: An Acoustemology of Place Resounding in Bosavi, Papua New Guinea, en: S. Feld y K. H. Basso (eds.), *Senses of Place*, 91-135, School of American Research Press, Santa Fe.

**Feld, S. y K. H. Basso (eds.)**

1996 *Senses of Place*, School of American Research Press, Santa Fe.

**Fisher, C. T. y T. L. Thurston (eds.)**

1999 Special Section: Dynamic Landscapes and Socio-Political Process: The Topography of Anthropogenic Environments in Global Perspective, *Antiquity* 73, 630-688, Oxford.

**Gibaja, A.**

1984 Excavaciones en Ollantaytambo, Cuzco, *Gaceta Arqueológica Andina* 3 (9), 4-5, Lima.

**Guchte, M., van de**

1990 «Carving the World»: Inca Monumental Sculpture and Landscape, tesis de doctorado, University of Illinois at Urbana-Champaign, UMI Dissertation Services, Ann Arbor.

1999 The Inca Cognition of Landscape: Archaeology, Ethnohistory, and the Aesthetics of Alterity, en: W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, 149-166, Blackwell, Malden/Oxford.

**Hyslop, J.**

1990 *Inca Settlement Planning*, University of Texas Press, Austin.

**Ingold, T.**

1993 The Temporality of Landscape, *World Archaeology* 25 (2), 152-174, London.

**Julien, C.**

2000 *Reading Inca History*, University of Iowa Press, Iowa City.

**Kaulicke, P.**

2000 *Muerte y memoria en el Perú antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

2001 La función cultural de las obras hidráulicas en el tiempo de los incas, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 114, 201-216, Lima.

2004 «Memoria historiografiada» y «memoria materializada». Problemas en la percepción del pasado andino pre-europeo, *Estudios Atacameños* 26 (2003), 17-34, San Pedro de Atacama.

**Kendall, A.**

1985 Aspects of Inca Architecture: Description, Function and Chronology, parts 1 & 2, *BAR International Series* 242, Oxford.

1996 An Archaeological Perspective for Late Intermediate Period Inca Development in the Cuzco Region, *Journal of the Steward Anthropological Society* 24 (1-2), 121-156, Urbana.

**Knapp, A. B. y W. Ashmore**

1999 Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational, en: W. Ashmore y A. B. Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, 5-30, Blackwell, Malden/Oxford.

**Leighley, J. (ed.)**

1963 *Land and Life. A Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles/London.

**Levillier, R.**

1940 *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú. Su vida y su obra (1515-1582)*, 3 vols., Espasa-Calpe, Buenos Aires.

**Murúa, M. de**

1962- *Historia general del Perú, origen y descendencia de los incas*, 2 vols., Instituto Gonzalo Fernández de

1964 Oviedo, Madrid.

[c. 1600]

**Nash, G. (ed.)**

1997 *Semiotics of Landscape: Archaeology of Mind*, Archaeopress, Oxford.

**Niles, S.**

1999 *The Shape of Inca History. Narrative and Architecture in an Andean Empire*, University of Iowa Press, Iowa City.

**Olwig, K. R.**

1993 Sexual Cosmology: Nation and Landscape at the Conceptual Interstices of Nature and Culture, or What does Landscape Really Mean, en: B. Bender (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*, 307-343, Berg, Oxford.

1996 Recovering the Substantive Nature of Landscape, *Annals of the Association of American Geographers* 86 (4), 630-653, Cambridge/Oxford.

**Pardo, L.A.**

1957 *Historia y arqueología del Cuzco*, tomo I, Cuzco.

**Reindel, M. y G. A. Wagner**

2004 *Nuevos métodos y tecnologías para la investigación arqueológica en Palpa, Perú*, Bundesministerium für Bildung und Forschung/Goethe-Institut, Lima.

**Rosignol, J. y L. Wandsnider (eds.)**

1992 *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, Plenum Press, New York.

**Santillana, J. I.**

1999 Andenes, canales y paisaje, en: F. Pease G.-Y., C. Morris, J. I. Santillana, L. Vetter, C. V. Roussakis y L. Salazar (eds.), *Los incas. Arte y símbolos*, 61-107, Colección y Tesoros del Perú, Banco de Crédito del Perú, Lima.

**Sarmiento de Gamboa, P.**

1960 Historia de los incas (segunda parte de la historia general llamada índica). Apéndice a *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega* (edición de C. Sáenz de Santa María), Biblioteca de Autores Españoles CXXXV, 193-279, Atlas, Madrid.

**Squier, E. G.**

1974 *Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica (1863-1865)* (introducción de [1877] J. de Dios Guevara), Los Amigos del Libro, La Paz.

**Szemiński, J.**

1991 Wana Kawri Waka, en: M. S. Ziolkowski (ed.), *El culto estatal del imperio inca. Memorias del 46.º Congreso Internacional de Americanistas, Simposio ARC 2, Amsterdam 1988*, 35-74, Centro de Estudios Latinoamericanos, Estudios y Memoria 2, Universidad de Varsovia, Varsovia.

**Tilley, C.**

1994 *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*, Berg, Oxford.

**Tuan, Y. F.**

1974 *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

**Ucko, P. J. y R. Layton (eds.)**

1999 *The Archaeology and Anthropology of Landscape: Shaping Your Landscape*, Routledge, London.

**Wiener, C.**

1993 *Perú y Bolivia* [traducción de E. Rivera Martínez], Instituto Francés de Estudios Andinos/Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

**Zapata, J., P. Kaulicke, T. Kusuda, R. Kondo, H. Harada y A. Sakoda**

2001 Report of Field Investigation on Hydraulic Works in Machu Picchu and Pisac, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, filial Cuzco, Cuzco.